

DIABLO MUNDO

Director: **CORPUS BARGA**

Año I.

Madrid, 9 de Junio de 1934

Núm. 7.

Redacción y Administración: CONSTANTINO RODRÍGUEZ, 4. Teléfono 27571

Los cultivos de la "Lliga"

Ventosa, Cambó y "Alguien"

Anulada la ley de Cultivos en Cataluña por el Tribunal de Garantías, queda abierto en la política española el conflicto entre dos poderes, el de la Generalidad catalana y el del Estado central, como una renovación del problema catalanista, pero planteado de la manera menos política por parte del Estado. Hasta los afectados en Cataluña por la ley pueden permitirse el lujo de aparecer muy catalanes frente a él.

De una amplia información que recibimos de Barcelona, inútil ya en gran parte, publicamos este detalle:

Los elementos de izquierda le cuelgan a la "Lliga Catalana" el sambenito—según ellos lo es—de insinuar al Gobierno el recurso que éste presentó al Tribunal. Pero no tienen razón. La "Lliga", esta vez, como siempre, llegó tarde. Y ahora se va a explicar cómo se llevó a cabo todo este asunto, fuera y en oposición de aquel partido.

Aparece la Ley. Se alarman los propietarios. Hay juntas, viajes, consultas. Se recurre a la abogacía especializada. Y aparece alguien... "Alguien" se va a llamar el individuo misterioso de esta narración: el que destaca cerca de Ventosa, jefe de la minoría de la "Lliga", dos emisarios. Con dos preguntas. Son:

1.ª ¿Piensa plantear la "Lliga" en el Parlamento español la inconstitucionalidad de la ley sobre Contratos de cultivo? (Vulnera los artículos 20 y 47, desde luego, de la Carta constitucional.)

2.ª ¿Qué actitud tomará la "Lliga", si no plantea ella misma la inconstitucionalidad, caso de que otro partido u otra persona lo hagan?

Respuestas:

1.ª No.

2.ª Se reserva la respuesta.

Táctica conocida. Nuestro héroe, "Alguien", envía en seguida dos mandatarios a Madrid, al partido radical. Pero uno de los mandatarios es aficionado a la caza; suele cazar con Ventosa, desde hace muchos años: no se tratan de "vos", se tutean. Y se encuentran en Madrid, la semana que el líder "Iliguero" va a la capital (una sí y otra no). "Hombre, Ventosa, ¿has visto...?" Lo de siempre. Ventosa medita esta vez más seriamente el asunto. ¿Qué pasará si es un partido no catalán el que presenta a las Cortes esa proposición? La situación de su partido es difícilísima. Por un lado, los propietarios que les han votado, recabando la defensa que no les prestan; por otro, las campañas de la "Esquerra" que les acusará de anticatalanistas ante el pueblo. Los emisarios no llegan al partido radical, porque...

"Alguien" no es un "nadie" cualquiera. Cuando viaja, viaja bien. En Madrid se hospeda en el "Palace", como las "mises". Y en el "hall" del hotel lo pesca Ventosa por las solapas. Es un jueves, el jueves 19 de abril. "Podríamos arreglar eso. Déjeme un día de tiempo. A la noche, el partido habrá redactado una fórmula." Pero la fórmula del partido no resuelve nada... y se ha perdido otro día.

Aparece en escena Gil Robles, que está preparando el mitin de El Escorial, que se celebrará dentro de dos días, el 22, y pide la proposición de Ley en esquema: Casanueva redactará, sobre ella, la defensa ante las Cortes. Se accede. Se trama una cita urgentísima. Pero el local de Acción Popular es tiroteado y hay un muerto. Un muerto que hay que rebajar de momento a herido, para evitar que los jóvenes populistas, exaltados, vayan, como gritan desafortunadamente, a incendiar la Casa del Pueblo. Hay que dejar aquello a medio hacer. El que lo ha preparado todo debe regresar en avión a Barcelona.

La "Lliga" está desesperada. ¿Qué va a pasar en el Parlamento? ¿Qué actitud adoptar? Cambó da la última palabra. Se habla con Acción Popular, pero Gil Robles, a instancias de quien le preparó la proposición, renuncia a modificarla según le piden. Si la "Lliga" presenta la suya, tan moderada, va a tener que ser después de la de los de Acción Popular, más sincera esta vez. Una solución: el Gobierno. Este hurta el debate a las Cortes, toma por su cuenta el asunto y presenta la demanda al Tribunal de Garantías. Está a punto de vencer el plazo para rechazar la Ley...

Estamos en régimen de previa censura

Supongamos que mañana

Es muy fácil criticar a los partidos verdaderamente republicanos y decir que no hacen nada; pero, aunque sólo fuese por el desdén que debe inspirar toda crítica fácil, no se les debía criticar. La crítica fácil, la pendiente por donde se desliza a gusto los pobres de espíritu y ricos de tiempo, que no sabrían si no cómo emplear el mayor tesoro—el ocio—de que puede disponer el hombre, es la que mejor confunde y oculta con ideas hechas, y por tanto falsas, las más claras perspectivas de la política, como de cualquier otra vida pública española. El primer deber republicano y nacional está, sin duda, en abstenerse de toda crítica fácil. Hay, por el contrario, que ser muy riguroso, empezando cada cual valientemente por serlo consigo mismo.

La República no ha rehabilitado en España a los políticos. Ni a éstos ni a los otros. Se aplica aún más que antes la palabra "político" en su sentido peyorativo. Es poco menos que un insulto. Ocupar o haber ocupado un cargo público exige excusas. Se considera una ofensa. Se compara al político español estancado en sus habladurías con el profesional y el técnico, los cuales de un modo sensible han mejorado y siguen mejorando en este país. Los médicos, los arquitectos, los ingenieros, los economistas, son hoy en mayor cantidad superiores a los de hace un lustro; en cambio, el político, no ya éste o aquél, sino el tipo político, sigue siendo el mismo. En la Administración cada vez aumenta más la preparación y la capacidad del empleado de carrera, mientras que el director, si no es un técnico, y desde luego el subsecretario y el ministro, cada vez parecen más improvisados, más indocumentados.

Esto es evidente. Que todo en España mejora, menos la política, no se puede negar. Sería inútil, sobre ser antinacional, antirrepublicano, negarlo. Precisamente la República vino traída por la mejora general de España (que, claro está, no se va a confundir con que ésta se vea más o menos cogida por la crisis general del mundo), para mejorar también la política. Si no lo ha conseguido, tiene que empezar por reconocerlo para poder conseguirlo. Era muy difícil que lo consiguiera en seguida. Era y sigue

puede formarse un gobierno fuerte para decretar la supresión de la renta de la tierra

siendo tan difícil la política republicana como fácil es criticarla. En cambio, la tradicional, ¡qué fácil es! Se apoya en principios establecidos, en fuerzas probadas. No necesita probar, sino galvanizar. Se puede contentar con ser demagógica, es decir, lo más fácil que una política puede ser. El conservador demagogo tendrá fácilmente éxito en un país como España.

Pero el republicano demagogo, aunque sea, o sobre todo si es, socialista, está perdido. En un Estado, en una sociedad como los de España, hay muy poco que destrozar, y se halla todo por construir. Lo primero que se halla por construir es la economía, es decir, el terreno de la lucha social. Supongamos que mañana puede formarse un gobierno con fuerza suficiente para decretar, por ejemplo, la supresión de la renta en la tierra: aunque dictara este decreto no habría hecho más que lo que se ha hecho con la Constitución: una revolución en el papel. En la práctica se tocarían acaso las consecuencias de la revolución, el desbarajuste, las colas para comprar el pan y los otros productos de la tierra, todo lo que han tenido que paliar las revoluciones verdaderas para realizarse; pero la revolución de verdad no se conseguiría sólo con eso. La economía de la tierra seguiría sin construirse en unas u otras manos, nunca en provecho de la clase más general. Los límites revolucionarios de España no son en lo económico mucho más amplios que los de un país colonizable. Avanzar en lo social con lo económico a la espalda, es poner el carro delante del tractor.

"Que no hagan la revolución; que construyan la economía, el Estado, todo", se pide entonces de los políticos. Sobre todo, lo piden los profesionales, los técnicos. Es decir, los des-

tinados a esa tarea. Y aquí es donde hay que compararlos con los políticos. En función de la cosa pública. ¿Rinde cualquier español más como ciudadano que el político? Esta es la cuestión. Los médicos, los arquitectos, los ingenieros, en su función social se hallan por debajo de los políticos. Ahora mismo se puede afirmar así, aunque la política pase por uno de sus peores momentos. En su política de ingenieros, arquitectos, médicos o lo que sean, los españoles son peores políticos, más informales, caciques y chanchulleros, menos capaces de cultivar cualquier cosa pública, que los políticos de la política general. Incluso que los del día. De lo contrario, éstos no podrían existir.

Hay que abandonar, pues, las críticas fáciles que se hacen a los políticos; para que ellos lo hagan mejor hay que hacerlo mejor que ellos, ya que todo ciudadano, aun sin partido ni "ideas", hace política en el aspecto público de su profesión, hace el país. En vez de hacerles el vacío a los políticos y contemplarles para criticarlos, hay que hacerles el país para que hagan política. Y entonces no harán más política que la que el país les permita. Y les exija. Entonces podrá exigírseles que cumplan todos los programas, hasta el mágico de tierra y libertad.

Sumario

Apuntes técnicos sobre el Plan de Obras Hidráulicas, por Emilio Kowalski, ingeniero de Caminos. Página 2

F. A. I. - C. N. T., por J. G. Gorkin.

Ladrones de cuadros, por Antonio de Obregón. Página 3

La Semana Internacional.

8.193 millones debe Europa a los Estados Unidos, por Eugenio Imaz. Página 4

Las cartas de Dickens a su mujer, por V. Salas Viu.

André Gide se dirige a los jóvenes de la U. R. S. S. Página 5

Un siglo de chimeneas, por Julio Guillén, director del Museo Naval de Madrid. Páginas 6-7

Letras francesas, por R. Vázquez Zamora.

Letras alemanas, por M. J. Kahn. Página 8

Poema, de Vicente Aleixandre. Jacobo Uber, por Eduardo Mañe. Páginas 9-10

Los "ballets" rusos de Montecarlo, por L. Góngora.

Cine, por Aladino. Página 11

El cementerio más extraño del mundo. Página 12



de lo que califica su autor de *solución sencillísima y rápida, quedando trabados todos los intereses y satisfechas todas las aspiraciones realizables y económicamente legítimas*, resultando además que los 650 millones de pesetas en que calculamos los gastos suplementarios necesarios, cargarán sólo sobre las 258.000 hectáreas del Segura y Albacete, ya que en el Júcar hay suficiente agua para sus regadíos actuales y ampliaciones previstas, si son ciertos los datos de aforos.

Concluída la Ponencia que el Partido Nacional Republicano ha redactado también sobre este asunto—Ponencia en la que se mantienen actitudes, no sólo distintas, sino aun contrarias de las del proyecto del Sr. Lorenzo Pardo, ante el problema de los riegos en nuestro país—, damos a continuación el siguiente trabajo del ingeniero señor Kowalski, en el que se exponen los puntos de vista sostenidos por dicho partido.

Del canal de Lorca se hace una primera derivación importantísima para el campo de Cartagena (unas 100.000 hectáreas), terminando su cola por ir a regar las 12.500 hectáreas del valle del Almanzora (Almería), pasando por el collado de Huércal-Overa.

1.º Se parte de la existencia de aguas sobrantes en las cuencas altas de los ríos Tajo y Guadiana, suponiendo que sólo se pueda regar en ellas 110.000 y 106.000 hectáreas, respectivamente, que son a todas luces inferiores a la realidad, ya que dichas superficies se cubren por exceso: en el Tajo, con los riegos de las

Estos inconvenientes, unidos a las dificultades de construcción por terreno accidentadísimo, y a las pérdidas de energía que se ocasionarán en el rosario de saltos escalonados hasta Bolarque, aconsejan el que no se construya el canal alto de trasvase.

Esta elevación ha de tener más importancia que la que se supone en el plan, pues es ilusorio contar con cuatro o cinco metros cúbicos derivados del Cigüela y Zancara, bastando haber recorrido la región para recordar que tanto éstos como los demás afluentes del Guadiana son verdaderas marismas, sin corriente apreciable, donde el agua desaparece por filtración y evaporación. Vemos, por consiguiente, que teniendo que ser de gran capacidad, resultará un canal caro de construir, especialmente en sus partes difíciles (pasos de divisorias).

c) La derivación del pantano de Alarcón, para pasar al Segura, es larga y costosa, pues exigirá más de 200 kilómetros de canal, con la elevación de un caudal del orden de 40 metros cúbicos por segundo, para alimentar debidamente todos los regadíos, que llamaremos meridionales, pues aunque se cuente con la fuerza obtenida en el salto previsto de 300 metros, hay que tener presente que para asegurar estas elevaciones se necesita una reserva, bien térmica o procedente de otros saltos.

d) A pesar de que la capacidad del canal, desde Talavera a Lorca, vaya disminuyendo con las alimentaciones eventuales y sucesivas de los pantanos de Camarillas, Zenajo, Argos, Quipar y Corcovado, para suplementar los regadíos de la propia cuenca del Segura y su extensión a Alicante, necesitará llevar un caudal de 30 metros cúbicos por segundo, ya que ha de asegurar el regadío de las 100.000 hectáreas nuevas del campo de Cartagena, más las 50.000 hectáreas de Lorca y Almanzora.

La construcción de un canal de esta importancia, bordeando la sierra de Espuña, ha de tener enormes dificultades y ser de un costo elevadísimo, pues se desarrolla por la misma zona del canal del Taibilla (abastecimiento de Cartagena y su base naval), cuya construcción, a pesar de su escasa capacidad (2.000 litros por segundo), está plagada de dificultades.

e) Finalmente, la última complicación es el trasvase al Almanzora del agua sobrante, suponiendo que hayan dejado algo los regantes superiores, pues no hay que olvidar que se atraviesan zonas se-dientas, donde las tomas clandestinas fi-jas, con o sin elevación, y las volantes con bombas y tanques, son práctica corrien-te; de manera que, o se dota superabun-dantemente todas las conducciones, o nos exponemos a que se quede sin agua esta costosa cola del canal.

Del somero estudio que hemos hecho del plan de mejora y ampliación de riegos de Levante, vemos cuán lejos estamos

blicas, referente al puerto de Melilla, que DIABLO MUNDO publicó.

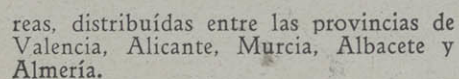
La desmoralización pública ha hecho que se amortigüe el escándalo descubierto con motivo de la operación de cambiar arroz por maíz. Hay, sin embargo, nombrada una comisión parlamentaria. ¿Actuará con rapidez? Es dudoso. Pero si no ha terminado sus actuaciones antes de que se cierren las Cortes, es de suponer que seguirá actuando.

También se ha amortiguado en las Cortes la interpelación que hizo un diputado sobre cierta Orden de Obras Pú-

EL COMLOT DE LAS SIETE

El que tuvo en suspenso la tarde del miércoles a la política española. Parece mentira, pero es verdad. ¿Y por qué no iba a ser también verdad el complot? ¿No se anunció a hora fija el otro, y tuvo sus espectadores? ¿Y no están ahora aquí otra vez los actores tan contentos?

El complot de las siete es posible en un Estado de tres al cuarto.



El esquema del trasvase, que ha de rectificar la fatalidad geográfica de nuestra Península, consiste, a grandes rasgos, en lo siguiente:

Mediante dos derivaciones, una alta, a la cota 1.000, y otra más baja, a la altura de Bolarque o de otros embalses que se proyectan, se piensa sacar del río Tajo de 22 a 23 metros cúbicos por segundo, y otros cuatro o cinco de los ríos Cigüela y Zancara, afluentes del Guadiana, para verterlos en el río Júcar, reuniéndose todas estas aguas en el pantano de Alarcón, que a su vez viene a ser la clave de regulación del Júcar, del cual se derivará un canal que, después de asegurar a su paso unos riegos en la provincia de Albacete, verterá al Pantano de Talave (Río Mundo).

Dentro ya de la cuenca del Segura, las aguas van pasando por canales sucesivos, para asegurar los regadíos de su propio valle y los de Lorca, y poder alimentar de paso los pantanos de Zenajo, Quipar y Camarillas. De este último parte el canal para los ríos de la zona allicantina.

zonas de Talavera y limítrofes (más de 150.000 hectáreas); y en el Guadiana, con las de La Serena y Tierra de Barros (160.000 hectáreas).

2.º En la realización técnica del trasvase encontramos las siguientes dificultades:

a) La derivación del canal alto del Tajo ha de hacerse del pantano de Valdepedro, donde no puede contarse con un caudal superior a cinco o seis metros cúbicos por segundo, y en esto diferimos de la opinión de nuestro compañero Ruiz de Guevara, como hemos podido comprobar personalmente durante los años que estuvimos encargados en la Jefatura de Guadalajara de la zona de Molina de Aragón y confrontación de todos los saltos del Alto Tajo, que concuerdan con los resultados que se obtienen, comparando la cuenca alimentadora de aquel embalse (930 kilómetros cuadrados) con la de Bolarque (7.768 kilómetros cuadrados), tomando como bueno su caudal modular de 45 metros cúbicos, deducido de los aforos (y no debe sorprender nuestra duda por cuanto el propio C. E. H. obtiene en Aranjuez 23 metros cúbicos). No puede contarse en suplementarlo con el

CNT - FAI

Se creyó corrientemente que la C. N. T. saldría pulverizada del período de la Dictadura, no tanto por las persecuciones sufridas como por los propios errores. No fue así, sin embargo. Reducida a la mínima expresión bajo la Dictadura, a la caída de Primo de Rivera recobró en poco tiempo el auge de antaño. Había una razón poderosa para ello: sobre los socialistas pesaba la acusación de haber colaborado con la Dictadura. Las masas inquietas se volvían otra vez hacia las tres letras —C. N. T.—, que conservaban un prestigio simbólico. Se recordaba que era una organización de acción, en un momento en que las masas obreras pedían eso: acción.

En los primeros meses de la República, la C. N. T. conoció un auge extraordinario. Angel Pestaña, que con Peiró compartía la dirección del organismo confederal en aquel tiempo, ha dicho que hasta junio de 1932 se extendieron un millón doscientos mil carnets confederales. Es una cifra enorme para España. Sólo en Cataluña, la C. N. T. contaba, a fines de 1932, veinticinco Federaciones comarcales, tres Federaciones provinciales, 278 Sindicatos y más de 300.000 afiliados.

Con semejante fuerza los líderes de la C. N. T. no fueron capaces de realizar una acción de clase. Seguían declarándose apolíticos. En realidad, iban a remolque de los políticos burgueses. Pestaña y Peiró creyeron un momento que Maciá, Companys y Ayguadé eran prisioneros suyos. Sucedió todo lo contrario. A través de los gobernantes de Barcelona, la burguesía catalana les utilizaba para frenar el movimiento obrero. Recuérdese el compromiso contraído por los anarcosindicalistas de no suscitar el menor conflicto durante los tres primeros meses de la República.

LOS GRUPOS DE LA F. A. I.

Mientras tanto, iban apoderándose de los organismos básicos de la C. N. T. los grupos de acción de la F. A. I. Pestaña y Peiró, elementos demasiado moderados, iban perdiendo influencia sobre la masa obrera; García Oliver, Ascaso y Durruti, cabezas visibles de la F. A. I., iban conquistando la que los otros perdían.

Unas palabras sobre los grupos de acción de la F. A. I. Esta organización, que ha venido siendo el terror de no poca gente, cuenta en toda España con menos de diez mil anarquistas. Están éstos organizados en grupos poco numerosos, con el fin de no rebasar la cifra que para celebrar reuniones clandestinas permiten las leyes vigentes. En Barcelona existen actualmente alrededor de doscientos de estos grupos. Cada grupo se suele bautizar con un nombre un tanto llamativo y a veces ridículo. He aquí algunos de estos nombres: *Paso a la verdad, Nómadas, Los analfabetos, Los practicistas, Firmes en las ideas, Los sin Dios, Eureka, Tembleques, Zaratustra, Enigmas de la Libertad, Sirena Libertaria, Aquiluchos, Novatos, Somos, Galanitas, Impulso, Brazo y cerebro, Los constantes, Superación, Inspiración ácrata, Fulminante, Los ambulantes, Los sin patria, Vengadores...* (1).

Cada grupo se asigna una función determinada: recaudación de fondos por medio de cotizaciones o por otros medios—los anarquistas nunca han hecho ascas a la expropiación individual, si bien pocas veces en provecho propio—, preparación de los grupos de choque, propaganda específica, acción sindical, intervención en las huelgas, trabajos técnicos y de preparación bélica... Estos grupos guardan una cierta independencia entre sí. Siempre han sentido una repulsión instintiva hacia todo principio de disciplina.

(1) En 1920 había en Barcelona un grupo anarquista llamado *Los hijos de puta*. Hace poco me encontré, a su regreso del extranjero, a un ex miembro de dicho grupo. "Es formidable—me dijo—. No logro encontrar a ningún compañero de aquel grupo. El único hijo de p. que queda ya soy yo."

Sin embargo, han llegado a comprender poco a poco que sin disciplina no hay labor eficaz posible. Su organización se parece a la de la C. N. T.: Federaciones locales, comarcales, intercomarcales y provinciales. El Comité Regional se denomina *Comité de Relaciones*; el Comité Central, *Comité Peninsular*. Este reside actualmente en Zaragoza, adonde, según mis noticias, se piensa trasladar la redacción de *Solidaridad Obrera*. El Comité Peninsular no adopta acuerdos de importancia nacional sin la asistencia de un miembro delegado de cada Comité de Relaciones.

FRACASOS REVOLUCIONARIOS Y HUELGUÍSTICOS DE LA F. A. I.

Los grupos de acción de la F. A. I. acabaron apoderándose de la dirección de la C. N. T. en septiembre de 1931. Prácticamente, han ejercido siempre la dirección de la C. N. T., quienes han logrado apoderarse de la dirección de la Confederación Regional de Cataluña y del diario *Solidaridad Obrera*.

La F. A. I. dió comienzo a su acción revolucionaria con la insurrección del Alto Llobregat, en enero de 1932. Los anarquistas habían venido trabajando activamente toda la cuenca minera (Figols, Suria, Sallent, Cardona). Trabajaba allí un viejo minero asturiano llamado Prieto, hoy militante del Bloque Obrero y Campesino. Fue el jefe de la pequeña insurrección. Le habían asegurado desde Barcelona que iba a estallar la revolución en toda España. En aquellos tiempos de auge faista, la Confederación recaudaba en Cataluña alrededor de 130.000 pesetas semanales.

La insurrección del Alto Llobregat fue fácilmente dominada, acabando con la deportación a Villa Cisneros de 108 anarquistas, entre los que se encontraban Prieto, Ascaso y Durruti. La base principal de las propagandas de la F. A. I. ha sido siempre el sentimentalismo. El caudal teórico del anarquismo es de tal modo pobre, que únicamente puede dirigirse al sentimiento de la masa. Por eso su propaganda, cuando no es puramente negativa—contra todo lo existente—, gira en torno a motivos sentimentales: los presos sociales, la amnistía... Los anarquistas necesitan tener siempre presos en las cárceles, sufrir persecuciones, que les sirvan de bandera. Organizan entonces grandes mítines y recaudan bastante dinero. Y se presentan ante las masas obreras como sus más aguerridos defensores. Estas propagandas prenden, sobre todo, en las capas menos capacitadas de la población obrera, hoy entre las masas rurales.

El segundo movimiento faista estalló, como se recordará, el 8 de enero de 1933. Durante varios meses, los anarquistas se habían venido dedicando a la fabricación de bombas y explosivos en gran cantidad. Sólo una parte fue descubierta por la Policía. El golpe se produjo un domingo, por sorpresa, y prescindió de la declaración de la huelga general. Aprovechando el día festivo, los anarquistas proyectaban apoderarse de los cuarteles y del material de la Prefectura de Policía, Telégrafos y Teléfonos... Las autoridades, prevenidas, hicieron fracasar este plan, concebido, según tengo entendido, por García Oliver.

La tercera intentona se produjo en diciembre último. Ya se recordará que revistió una importancia superior a las dos primeras, sobre todo en regiones rurales como Aragón y la Rioja. Este último complot demostró dos cosas: que los anarquistas han ido conquistando entre las masas rurales—las más atrasadas de la población—la influencia que han perdido entre los trabajadores industriales, y que los grupos de acción de la F. A. I. obedecen ya a una cierta disciplina centralizada, rechazada antes por ellos con horror. A pesar de lo cual, la intentona fracasó como habían fracasado las otras.

No sólo ha fracasado la F. A. I. en sus intentonas revolucionarias; asimismo ha fracasado rotundamente en cuantas huelgas ha dirigido en estos últimos años. Perdió la huelga de Teléfonos y las de

metalúrgicos, construcción y transporte público y urbano. Hace unas semanas fracasó no menos rotundamente su intento de huelga general en Cataluña, con motivo de los acontecimientos provocados por la llegada a Barcelona de los hijos de los huelguistas zaragozanos.

DESCOMPOSICIÓN DE LA C. N. T.

Los repetidos fracasos de la F. A. I. y el sectarismo de sus grupos de acción han medio destruido a la C. N. T. Según los anarquistas, los Sindicatos no deben servir para la defensa de las reivindicaciones de clase de los sindicatos, sino que deben ser simples instrumentos de agitación, de gimnasia revolucionaria, para la realización del comunismo libertario. Los obreros no deben gozar, según ellos, de un relativo bienestar, pues de lo contrario caen en la modorra y se pierden para la acción revolucionaria. Por consiguiente, cifran sus más caras esperanzas en la miseria y en el hambre de los proletarios.

Claro está que la inmensa mayoría de los trabajadores piensan de otra manera. Si dan su adhesión a un Sindicato y si se lanzan a una huelga de carácter económico es para defender, en primer lugar, sus reivindicaciones materiales. El problema para un partido revolucionario que actúe dentro de los Sindicatos consiste en saber ligar estas acciones parciales de los trabajadores con los grandes objetivos de clase que persigue. Eso en período normal, pues en los períodos de gran tensión revolucionaria, los propios obreros—y las más de las veces la patronal y los gobernantes—se encargan de transformar las huelgas económicas en políticas, las parciales en generales. Algo vamos sabiendo de esto hoy en España...

La F. A. I. está acabando, repetimos, con la C. N. T. En Cataluña y Levante ha ido perdiendo la mayoría de los Sindicatos. Conoció, primero, la escisión de los *Treinta*, divididos hoy en dos fracciones: la de Peiró, que dirige importantes Sindicatos en Mataró y en Manresa, y la de Pestaña, que ha fundado recientemente el partido sindicalista y que dirige una buena parte de los Sindicatos de Sabadell. El Bloque Obrero y Campesino dirige hoy los Sindicatos de Lérida, buena parte de los Sindicatos de Gerona y otros en diferentes puntos del resto de Cataluña. Y le está arrebatando la dirección de importantes Sindicatos de Barcelona. La Unión General de Trabajadores ha hecho algunos progresos en Cataluña, en detrimento de la C. N. T. En Valencia, lo mismo que en Barcelona, *treintistas* y U. G. T. le han arrebatado el control de los Sindicatos a la F. A. I. Esta ha perdido, por consiguiente, sus centros decisivos, y tiene que atrincherarse cada vez más en Zaragoza, donde las masas obreras conocen a la C. N. T., pero no a la F. A. I.

A la F. A. I. y a los restos de la C. N. T. que dirige no se les ofrece otra perspectiva, a mi juicio, que vegetar al margen de las grandes masas obreras o aliarse con otras fuerzas del proletariado, corriendo el riesgo de verse absorbidas por ellas. La C. N. T. se ha aliado ya con la U. G. T. en Sevilla y ha dado su adhesión en Asturias a la Alianza Obrera. Seguramente, no tardará mucho en hacer lo propio en Madrid, en Cataluña y en Levante.

Se va realizando la previsión dialéctica de Trotski: España será la tumba del anarquismo.

J. G. GORKIN.

LADRONES DE CUADROS

Por encima del "ganster" americano, que asesina a un tierno niño en un bosque, o del que rapta a un millonario en la ciudad; sobre el bandido europeo de guante blanco que estrangula en los hoteles de lujo y en los grandes expresos; superior a los especialistas en grandes atracos, y a mil codos de los regicidas, a pesar de la bellísima frase de un famoso toxicómano norteamericano: "El asesinato político es una rama del Arte", está el ladrón de cuadros.

El robar cuadros famosos sí que puede ser una rama del Arte. Hasta podría pensarse que entre el artista que pinta un cuadro y el que lo roba hay cierta solidaridad misteriosa, cierta mutua admiración a través de las edades y los años.

El famoso robo de "La Gioconda" estremeció al mundo. Los protagonistas de aquella audacia ofendieron con su acción no precisamente a Leonardo de Vinci, sino al marido de Monna Lisa, Francesco del Giocondo, a Francisco I, a quien fué legada la obra, a la Dirección del Louvre, al ministro de Bellas Artes, al Estado francés, a los artistas de todo el mundo... Robar un cuadro es lo más importante que se puede hacer. Si se comete un robo en un Banco, todos los demás Bancos se rien y los capitalistas que no tienen en él su dinero lo celebran alegremente. En cambio, cuando se comete un robo en un Museo, todas las pinacotecas lloran de veras y los hombres sensibles de todo el mundo se quedan como huérfanos de algo, con una indignación que no tiene matices ni tronteras.

Se acaba de cometer uno de esos grandes robos. Ha desaparecido un trozo glorioso de una de las obras más extraordinarias de la pintura. Una noche del mes de abril ha sido tristemente célebre en Gante. Un ladrón hábil y exquisito se ha llevado una de las doce partes que integran el famosísimo "L'agneau mystique".

"El cordero místico", de los hermanos Van Eyck, es una de las composi-



ciones pictóricas más preciadas del mundo, una de las sinfonías más espléndidas de la historia del color. Pero desde ahora, esa sinfonia tiene un tiempo menos, carece de uno de sus momentos más apasionantes y bellos: el llamado "Les juges intègres".

"El cordero místico" fué terminado en 1432, con destino a la capilla particular de un poderoso burgués llamado Judocus Vyd, esposo de la dama Isabell Borlunt, y en un lugar del marco puede leerse la inscripción siguiente:

"Pictor Hubertus E. Eyck maior quo nemo re-
[petus
Incepit pondus, quod Johannes arte secundus
Frater perfectus Judoci Vyd prece fretus
VersV seXta Mal Vos ColloCat aCta tVerl".

En "El cordero místico" aparecen los profetas huraños portadores de la voz del Antiguo Testamento, las sibilas, la Virgen distraída en su lectura por el Alcángel, San Juan Evangelista con una mano en el libro y la otra en el cielo, Caín y Abel, Adán y Eva... El retablo resume el misterio glorioso del cordero tal como lo explica el Apocalipsis. En la parte inferior se puede uno extasiar ante los largos cortejos que van a abreviarse a la Fuente de la Vida en medio de un paisaje prodigiosamente verde —¿un paisaje de Gante?—, de cuyo fondo brotan los minaretes de una Jerusalén milagrosa. Junto a esta ventana de encantamiento vense los "Caballeros de Cristo" y "Les juges intègres"—es mejor no traducir este nombre—, cabalgatas magníficas de las cuales la última es la desaparecida.

En "Les juges intègres", riquísimamente ataviados, se ha reconocido a los hermanos Van Eyck. El personaje que monta el soberbio alazán del primer plano es Huberto. Detrás, y tocado con un gorro rojo, vestido de negro, aparece Juan.

La historia de "El cordero místico" es accidentada. En 1556 fué copiado por orden de Felipe II, y amenazada, por primera vez, su existencia. Al final del siglo XVIII, la pudibundez de la Iglesia comete el delito de desmontar los desnudos de Adán y de Eva, y la parte central es enviada a París. En 1815 las tablas son vendidas a un tal Nieuwenhuys, "marchand" holandés establecido en Bruselas, que las traslada a Alemania. En 1861, el Museo de Bruselas adquiere los paños de Adán y Eva, mientras que en la capilla de Saint-Bavon dos copias reemplazan a los originales. Por último, en 1920, en virtud de una cláusula del Tratado de Versalles, el conjunto de "El cordero místico" es reconstruido en su totalidad.

Pero ahora, en 1934, entre el clamor de los "gansters", el estrépito de las grandes estafas y el estupor de los detectives, en plena primavera de Gante, un hombre audaz ha penetrado en el recinto sagrado. Ha tenido que ser a media noche, y quedándose escondido desde el atardecer. En las más compactas sombras, el ladrón ha ido derecho al cuadro y ha arrancado la tabla de "Les juges intègres".

¿Por qué "Les juges intègres"? ¿Cuál fué el móvil de esa predilección? ¿Se trata de un ladrón o de un artista enamorado del caballo blanco de los Van Eyck?...

El misterio envuelve este robo como otros robos de cuadros. ¿Dónde estará el delincuente? ¿Qué hace un hombre por el mundo con "Les juges intègres" debajo del brazo?

Robar un cuadro famoso es una acción típicamente individualista. Un individualista piensa siempre que los cuadros estarían mejor en su casa, para su recreo personal, que en los Museos, expuestos al vulgo. El robo de "Les juges intègres" no es acción digna de un Raffles corriente, sino de un artista. Todos los artistas son, poco o mucho, ladrones de cuadros, aunque no se atrevan a realizar sus tentaciones.

El instinto de propiedad no nos abandona en ningún momento. Cuando contemplamos una bella obra, se nos pasa siempre por la imaginación el llevárnosla a casa. No lo hacemos porque somos hombres civilizados y porque hay guardianes celosos de su deber...

¿Cómo nos solemos indignar contra los ladrones de cuadros! Acaso porque su iniciativa era algo nuestra... Porque como somos personas civilizadas, aceptamos el que los cuadros famosos estén en los Museos, pero en el momento en que alguien se las lleva, como también somos furiosamente individualistas, pensamos en que, de llevárselos algún osado, debimos ser nosotros los que realizaran tal acción... ¿Cómo envidiamos en el fondo a ese desaprensivo que se ha llevado "Les juges intègres"! Con el gusto que nos daría tener esa tabla en nuestra casa, en el salón biblioteca y decir a nuestras visitas:

—Y aquí tienen ustedes "Les juges intègres", de los hermanos Van Eyck, que hemos robado en Gante cuando visitamos la ciudad...

ANTONIO DE OBREGÓN.

LA SEMANA INTERNACIONAL

SUMARIO.—El antagonismo francobritánico en la Conferencia del desarme. —Inglaterra y Estados Unidos defienden a Alemania. —Rusia apoya a Francia. —En la cuestión del Sarre, la intervención de los neutrales da una nota optimista. —Los conflictos sociales de Estados Unidos no se agravan. —Empeora la situación de Cuba.

Las discusiones de Ginebra sobre el desarme han constituido—con el plebiscito del Sarre, los conflictos sociales de Norteamérica, la agitación política en Cuba y el problema de las deudas de guerra—los motivos capitales de preocupación internacional durante la pasada semana.

De todos estos asuntos, el que más profundamente ha conmovido a la opinión ha sido el de las deliberaciones ginebrinas. Ya desde el principio de la semana, las intervenciones de Sir John Simon y de M. Barthou—consideradas como las de mayor trascendencia producidas en Ginebra desde hace mucho tiempo—fueron como el indicio revelador de que se avecinaban acontecimientos sensacionales en la marcha de la Conferencia. El ministro de Estado inglés hubo, en efecto, de declarar que "las dificultades para llegar al desarme están poniendo en peligro de fracasar todo el sistema de esfuerzos cooperativos antibélicos", y agregó que la Conferencia debe ocuparse de realidades conciliadoras. Por su parte, M. Barthou, después de ratificar que Francia continúa fiel a la política del Tratado de Versalles, manifestó que el Gobierno francés se halla dispuesto "a pasar por el puente que quiere tender Sir John Simon, con tal que debajo de este puente no se halle una emboscada". Aplazadas, después de estos discursos, las sesiones de la Comisión general de la Conferencia para facilitar el trabajo de la Mesa, el viernes último volvió a reunir aquélla. En esta reunión, el presidente, señor Hénderson, dirigió un llamamiento urgente y muy significativo a todos los delegados, excitándoles a realizar un máximo esfuerzo para vencer las dificultades con que tropieza la Conferencia. Al propio tiempo, y en la misma sesión, los delegados de los seis países neutrales—España, Dinamarca, Suiza, Suecia, Países Bajos y Noruega—presentaron una interesantísima proposición colectiva comprensiva, en esencia, de las siguientes sugerencias: a) nombramiento de un Comité especial encargado de examinar detenidamente la cuestión de las garantías; b) estudio inmediato por la Mesa del problema de la fiscalización de armamentos; c) revisado del texto del proyecto de Convenio de 27 de octubre de 1933, incluyendo en el mismo puntos tan interesantes como la prohibición, sin reservas, del bombardeo aéreo, la destrucción de los aviones prohibidos, la prohibición de fabricar material de guerra no autorizado, la destrucción de los carros de asalto y de la artillería móvil durante el segundo período de aplicación del Convenio y la previa fijación de las cifras de efectivos terrestres y aéreos.

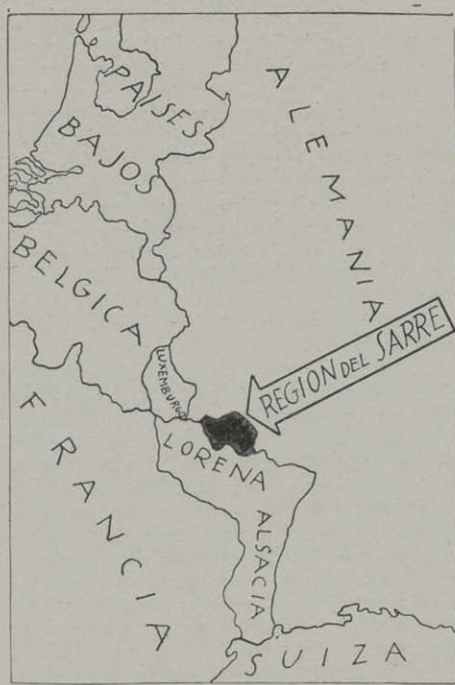
Esta proposición de las potencias neutrales obtuvo, en principio, repercusión favorable. Pero sucesos posteriores de la Conferencia la han desvanecido. Efectivamente. En la reunión de la Mesa que se verificó al día siguiente se produjo una escisión, con todos los caracteres de las discrepancias irreducibles. Inglaterra, los Estados Unidos y los seis países neutrales mantuvieron inflexiblemente el criterio de que la presencia de Alemania en las deliberaciones de Ginebra es imprescindible, si es que se quieren conseguir progresos efectivos en la cuestión del desarme. A la inversa, Francia, Rusia, la Pequeña Entente y la Entente Balkánica se mostraron coincidentes en condicionar el retorno de Alemania a las reuniones de la Conferencia. Se entabló con este motivo un acalorado debate. Para poner término de concordia al mismo no bastó ni siquiera la fórmula de crear un Comité de Redacción encargado de conciliar los puntos de vista divergentes de las cuatro notas de las grandes potencias. El delegado de Italia, barón de Aloisi, declinó el formar parte de dicho Comité. En vista de esta abstención, M. Barthou consideró también inútil la representación de Francia. La reunión hubo de terminar, pues, en un franco ambiente de pesimismo.

Tal cerrazón del horizonte en el panorama de la Conferencia ha culminado en la sesión del martes. Los representantes de Inglaterra y Francia—las dos potencias cuya armonía de criterio parecía más obligada y, sobre todo, más eficaz—han tenido un choque violento. El señor Barthou ha rechazado el anteproyecto

británico. Hénderson, entonces, indignado hasta la exaltación, ha cominado urgentemente al ministro francés a que formule una contraproposición. De no presentar ésta, someterá—ha dicho—ante la Comisión general la responsabilidad de Francia por el fracaso de la Conferencia.

En estas circunstancias—nada halagüeñas, como se ve—cierra la semana en la cuestión del desarme. Fracaso que parece inevitable y que se considera por no pocos como una catástrofe internacional, de repercusión desfavorable a su vez, sobre la Conferencia Naval, anunciada para 1935.

Otro asunto que ha mantenido viva la inquietud durante la semana ha sido la situación social de Norteamérica. A pesar de los esfuerzos realizados por los árbitros que intervienen en la solución de los conflictos, ha habido momentos de verdadera gravedad. La huelga de los obreros del puerto en las costas del Pacífico llegó a adquirir caracteres de extrema violencia. Hubo choques sangrientos entre la policía y los huelguistas. De otro lado, durante los primeros días de la semana, se ha cernido sobre el país la amenaza de huelgas generales tan considerables como las de la industria textil, las de las uniones mineras y de automóviles y las de los obreros del hierro, acero y estaño. El presidente Roosevelt se ha visto obligado a intervenir personalmente en los conflictos actuando de mediador entre los acuerdos de la N. R. A. sobre reducción de horas en un 25 por 100, decretada para los meses del verano, y la protesta enérgica de los Sindicatos. De momento, parece amortiguada la gravedad de la situación. Pero, en general, se considera que los conflictos están aplazados, aun cuando no desvanecidos. La reciente decisión adoptada por el Congreso de Detroit—en cuyas deliberaciones se ha reflejado un franco viraje del socialismo norteamericano hacia la orientación de izquierda—viene a añadir para un mañana no muy lejano nuevos motivos de inquietud.



El punto neurálgico de Europa

Aparte algunos hechos aislados acontecidos en el Sarre y que ponen de relieve la exaltación imprudente con que los elementos hitlerianos y pangermanistas conducen una cuestión tan delicada, el problema planteado con relación al próximo plebiscito ha entrado en una fase más optimista en los últimos días. Este mejor aspecto de la espinosa situación lo ha promovido el informe y las conclusiones formuladas por la Comisión de los Tres—España, Italia y Argentina—ante el Consejo de la Sociedad de las Naciones. En dicho informe se fija la fecha y se concretan las condiciones y garantías en que habrá de efectuarse en el año próximo el plebiscito de referencia. El Consejo del organismo de Ginebra ha adopta-

do el trabajo por unanimidad. Los representantes de casi todos los países han rendido sinceros elogios a la acertada labor conciliadora llevada a cabo por el Comité. Merecido triunfo que alcanza en buena parte a nuestro país.

La marcha de la situación política cubana ha proseguido inquietando seriamente. Pasadas las primeras ráfagas de júbilo que hubo de causar la firma del Tratado con Norteamérica, en que se derogó la enmienda Platt—tratado que a última hora se rumorea que contiene un protocolo secreto—, las actividades políticas del Ejército han vuelto a acentuarse. Se han recrudecido también los manejos políticos de los adversarios de Mendieta.

8.193 millones debe Europa a los Estados Unidos

No se pierde el dinero en su reguero como se pierde, a veces, un río, tragándose la tierra. De esta opinión siguen siendo los americanos, que en esto, como en otras muchas cosas, pretenden salvar la buena tradición europea. Aunque les cueste sus cuartos. Para el día 15 de junio están señalados los vencimientos de las deudas europeas. Quien en esa fecha de verdadero vencimiento no se avenga razonablemente a la buena disposición de vencido, no pretenda pedir un centavo más en la tierra de Lincoln.

Sus razones tendrán los americanos. Pero no el 100 por 100. Porque de 8.193 millones de dólares que importan los bonos extranjeros, 2.930 millones "padecen"—esto sí que es un tropo—en cuanto al pago puntual de los intereses. Es decir, un 36 por 100 nada más. Esas deudas enfermizas convalecen en todos los rincones del mundo: 1.524 millones en la América Latina, 1.263 en Europa. Nada menos que 876 millones corresponden a Alemania, 334 al Brasil, 311 a Chile y 302 a Méjico.

El 31 de mayo terminaron las negociaciones sobre deudas privadas entre el Banco del Reich y los representantes de los acreedores extranjeros. Como no se trata más que de deudas privadas, los americanos no están interesados más que con tres millares de millones, con 1,53 millones Holanda, con 1,05 Suiza, con 0,81 Inglaterra y con 0,48 Francia. Las negociaciones no se puede negar que han sido laboriosas, pues se convocaron para el 15 de abril y han sufrido varias prórrogas. Como la conferencia, como todas las altas conferencias crematísticas, se ha desarrollado en un tono amigable, no me atrevo a decir que las cosas—música de números, como la de las esferas—se han llevado a punta de lanza. No me atrevo a decir, no hago más que constatar.

Los alemanes han hecho ver a los acreedores la urgente necesidad de un arreglo alivador, mostrándoles, sencillamente, las existencias paupérrimas en oro y divisas oro—136 millones—y el saldo pasivo—82 millones—de su balanza comercial el mes de abril, el más bajo que conoce Alemania desde decenios.

El comercio exterior alemán saldaba en 1931 con un activo de 3.000 millones. Viene la crisis mundial. En 1932 salda con un activo de sólo 1.000 millones. En 1933 la crisis continúa y comienza la persecución de los judíos: el saldo activo es de 670 millones. A juzgar por la marcha de los cuatro primeros meses, el año 1934 saldará, por lo menos, sin activo alguno.

Con el convenio concertado ahora con los acreedores privados, los alemanes no han conseguido todo lo que pretendían. O que estaban obligados a pretender. Se les concede una moratoria de seis meses, pero no para los empréstitos Dawes y Young. Estos vencen el 1 de julio, y acaso veamos entonces cómo los acreedores vuelven a llevarse las manos a la cabeza. Pero fuera de esa incógnita, de cuyo despeje depende el del cielo, la moratoria les supone a los alemanes un ahorro mensual de divisas de 40 millones. El Banco del Reich pierde al mes un poquito más; así que el mortal derrame no se puede parar más que con un fuerte saldo activo en el comercio exterior.

Porque sospecho, en contra de lo que afirma Goebbels, que no son los judíos los arrogantes—arrogant, que decimos los vascos, y arrogans y provozierten, que comen los alemanes—, sino los dineros, los dineros...

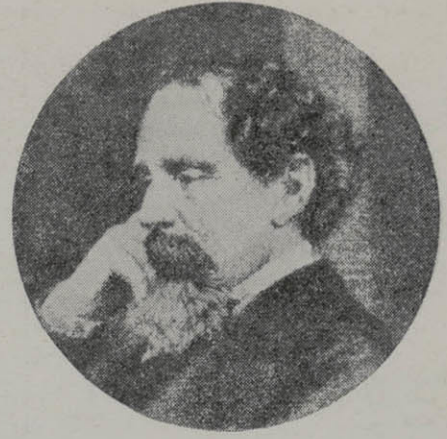
EUGENIO IMAZ.

DIABLO

LAS CARTAS DE DICKENS

A SU MUJER, EXHUMADAS

A LOS CUARENTA AÑOS



La Prensa de lengua inglesa dedica estos días la atención que merece a un suceso literario de gran relieve: la publicación por primera vez de parte de la correspondencia íntima del autor de "Oliverio Twist" y de un libro, "La Vida de Nuestro Señor Jesucristo", igualmente recatado hasta ahora en el reducido marco familiar de los Dickens. Entre los grandes rotativos ingleses y americanos, los de mayor importancia, *The Times* y *The New York Times*, se han distinguido por el celo puesto en dar a conocer lo que a estos escritos se refiere, y, en lo que era posible a un diario, en poner al lector en contacto con ellos. Uno de estos diarios ha publicado íntegra la correspondencia de Dickens a su mujer, y el otro un estudio sobre dicho epistolario en el que se trasluce la tragedia matrimonial de uno de los más grandes de los escritores ingleses.

Ha mantenido ambos escritos apartados del público hasta ahora la indicación hecha por su propio autor de que no fuesen publicados en tanto existiera uno sólo de sus descendientes inmediatos. "La Vida de Cristo" fué escrita para sus hijos y no para el público. Fué concebida y realizada única y exclusivamente para ellos; no debía, por tanto, salir de esta estrecha área de la familia mientras cualquiera de sus hijos viviese. No podía compartir ninguno de éstos tan preciosa propiedad con nadie; la muerte del último de ellos, Sir Henry Dickens, ha permitido a los millones de lectores del escritor inglés el conocimiento de una obra que unía al interés que por sí misma tiene el atractivo de haberseles prohibido tal conocimiento durante más de cuarenta años.

Pero, a pesar de la importancia que tiene la publicación de un nuevo libro de Carlos Dickens, que, así como a nosotros llegue, hemos de comentarle en nuestras páginas, ocupa aún más la atención de las gentes la de la correspondencia dirigida a su mujer. Las causas de la desgracia familiar de Carlos Dickens, los motivos que le hubieran llevado al divorcio de una mujer con la que convivió durante veintidós años y que había sido madre de sus diez hijos, hasta ahora se mantenían en una semi oscuridad eminentemente desorientadora. Mucho más confuso era todo en este clarooscuro que en la misma sombra. Los biógrafos de Dickens no habían podido entrar más que medianamente en la consideración de las causas que le hicieron precisa esta anulación de su matrimonio.

Como es sabido, los lectores de hoy tienen una marcada tendencia hacia la biografía. El hecho humano en sí interesa mucho más fuertemente que el hecho literario. Esta es la razón por la que al publicarse simultáneamente la "Vida de Cristo" y la correspondencia íntima de Dickens cobran un plano más inmediato estas cartas que aquel libro.

El Epistolario que comentamos estaba depositado desde 1879 por la señora de Perugini, Kate Macready Dickens, hija del autor de "Almacén de Antigüedades", en el Museo Británico. Motivos de delicadeza y de respeto hacia el último de sus descendientes habían impedido, como antes decimos, junto a la indicación expresa del escritor inglés, su publicación.

Forman este haz de cartas la historia entera del curso de un amor trazada por una de las mejores plumas de la literatura universal. Historia completa, con prólogo y hasta con epílogo, se va siguiendo con la lectura de ellas todo el proceso de desenvolvimiento del amor de Dickens a Catalina Hogarth, desde la primera ascua hasta el aventar de las cenizas, desde las primeras líneas interminables, caldeadas de pasión, hasta las escasas últimas cartas telegráficas, como aquella en la que escuetamente se dice que ha recibido su carta y que tiene mucho trabajo.

Sin necesidad de leer este epistolario, a través de estas cartas puede irse viendo cómo se apaga el amor de Dickens por su esposa. Y no porque, superficialmente, midamos por lo extenso lo intenso de aquel amor. Quede este ri-

dículo rasero para gentes más frívolas. Es demasiado insignificante como para tenerse en cuenta este acortamiento gradual de sus cartas como índice del apagamiento del interés de Dickens por su esposa. Mas, aunque rehuyamos este procedimiento grosero, sin necesidad de leer las cartas se evidencia la declinación del curso a que aludimos. No hace falta más que un poco irreverentemente pongamos en letras de molde lo que para un lector español, por tan recatado, cobra aires ridículos, por ese sentido tan nuestro de burla de todo lo tierno, de recluir la ter-

rimonio. Contaba, pues, entonces Dickens veinticuatro años, y hasta los cuarenta y seis había de vivir a su lado para separarse y no volver a verla. Ni aun cuando sintió cerca la muerte, la augusta hora de todas las reconciliaciones, se avisó para recibir su postrer mirada a quien había sido su compañera y la madre de sus hijos. Junto al lecho de muerte del escritor inglés, el lugar de Catalina Hogarth se mantuvo vacío.

Durante los veinticuatro años de su matrimonio, y según parece desde el siguiente mismo en que se celebró su unión,

tado y él contesta triámente en dos líneas que se encuentra bien.

Todas las esperanzas tendidas en aquellas primeras cartas en las que borboteaba la pasión lucen con la luz agria de la más cruel paradoja junto al desastroso fin del matrimonio Dickens. "Un amor que nada podría disminuir, un afecto que ningún cambio del tiempo ni de las circunstancias será capaz de abatir nunca." Hasta qué punto ahora suena, en los que seguimos desde este otro lado los últimos ecos prendidos del aire, el último titilar de sus palabras, a promesas vacías, sin peso, sujetas más que nada a eso que quieren negar: el mudar del tiempo.

V. SALAS VÍU.

ANDRE GIDE SE DIRIGE A LOS JOVENES DE LA U. R. S. S.

El gran escritor francés André Gide ha sellado su fervorosa adhesión al comunismo dando, vertida al ruso, la edición de sus obras completas.

En Francia van ya publicados varios tomos de las obras completas de André Gide, con un gran primor editorial, por la *Nouvelle Revue Française*. Casi al mismo tiempo, y cuando en las páginas de su *Diario*—su más próxima producción (aparte del reciente drama musical *Perséphone*)—afianzaba, día tras día, su nueva convicción, aparecía en Rusia la traducción de sus *opera omnia*, precedidas de una alocución a los jóvenes de la U. R. S. S. Hela aquí:

"No sin temor veo mis libros entre vuestras manos, jóvenes de la nueva Rusia. ¡Están recargados de tan viejas consideraciones, de las que no tenéis que preocuparos más! Aquí tenemos que luchar contra un falso bienestar, contra espectros, convencionalismos, mentiras, de las que os véis liberados. Las malezas entre las que me fraguaba un camino han dejado de tener importancia para vosotros. Pero lo que quizá sentiréis en mis libros es la confianza que siempre tuve en el hombre, la certeza de que éste podría obtener mucho más de sí mismo; que sólo se hallaba al comienzo de su carrera, abajo de la pendiente, y que, más favorecido por un mejor estado social, vería abrirse ante sus miradas perspectivas aún insospechadas.

A esta pregunta constante, angustiada, que, por otra parte, no era yo el único que formulaba: ¿Qué puede el hombre?, la U. R. S. S. ha respondido ya victoriosamente. De ahí nuestro reconocimiento hacia ella.

Jóvenes ciudadanos soviéticos de hoy, ¿comprendéis bien lo que significa para nosotros la U. R. S. S.? Es la comprobación de un sueño aún difuso y de informados deseos; la respuesta a una larga espera... La prueba viva de que lo que parecía Utopía puede convertirse en Realidad.

¡Jóvenes de la U. R. S. S., resistid! No descanséis a mitad del camino. No os dejéis seducir. Para irradiar a lo lejos, más allá de las fronteras, vuestro valor debe quedar como un ejemplo. No habéis terminado de vencer y luchar. Gracias a vosotros nuestras esperanzas han tomado una nueva firmeza. Camaradas de la U. R. S. S., mi corazón fraternal os saluda alegremente."

Es curioso notar cómo André Gide, que ha sido el polo intelectual opuesto al viejo Anatole France, viene a caer en sus últimos años en el humanitarismo confiado de France, e incluso en muy parecida manera oratoria de expresar sus entusiasmos por el credo comunista. He aquí cómo André Gide, cuando parece haberse convertido a algo extraño, el comunismo, entra en la senda de la más abundante tradición francesa.



CATALINA HOGARTH, ESPOSA DE CARLOS DICKENS

nura en lo más hondo de nosotros sin que se asome a veces ni aun en el recinto claustral del hogar.

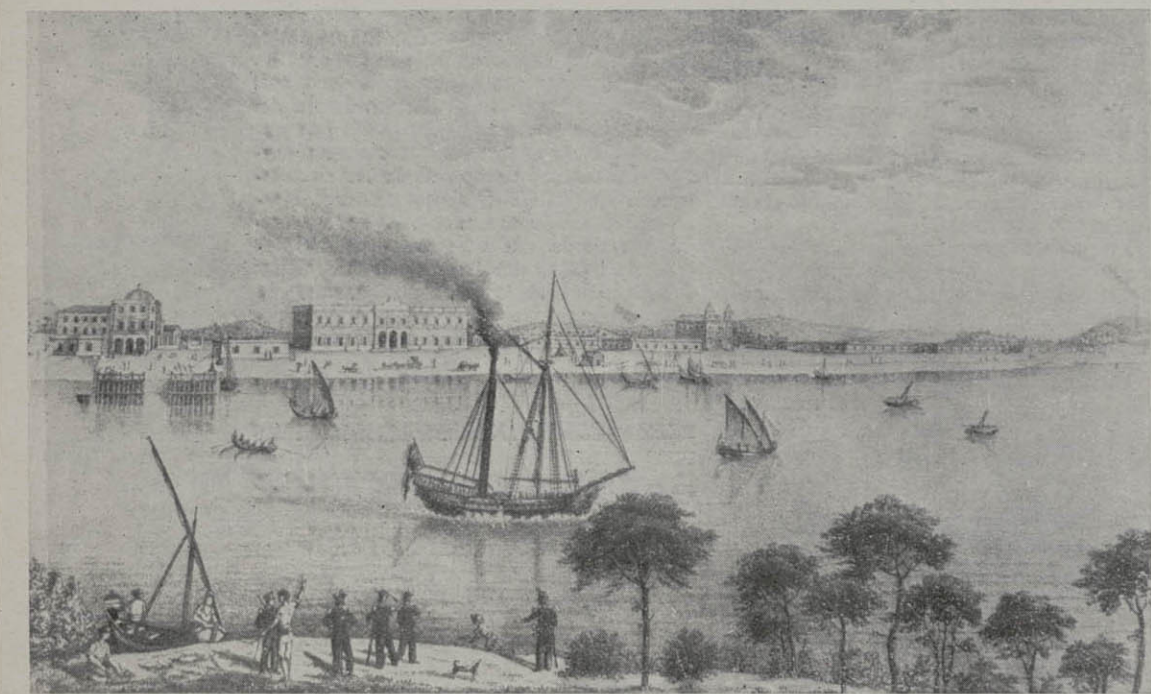
Basta seguir los encabezamientos de las cartas sin adentrarse más en su lectura. En las primeras, ni una sola vez el nombre de ella sigue a la palabra querida; pequeños motes suprahenchidos de ternura le sustituyen: "my dearest life", "dear mouse", "dearest wig", "my dearest pig". Grande es el salto de aquí a aquel lacónico encabezamiento de las últimas cartas, casi de carta comercial. Del mismo modo, en las despedidas, los 99.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de besos que la envía, a veces muchos más, se cambian por un formulario: "affectionately yours".

¿Qué pudo llevar a aquel ocaso la pasión de Dickens por su esposa después de tan larga convivencia? Su hija Kate dice que las cartas demuestran claramente de la misma manera que hasta qué punto Dickens había sentido amor por su mujer, que no hubo motivo alguno por parte de ella que forzase la ruptura.

Era Catalina Hogarth hija de un compañero de Carlos Dickens en la Redacción de *The Morning Chronicle*. La conoció cuando tenía veinte años. Era tres más joven que él. Enamorado, después de un año de noviazgo contrajeron ma-

la divergencia entre ambos caracteres se iba acentuando. Un silencio hostil por parte de ella, enfriaba los mejores entusiasmos del triunfante escritor. La indiferencia más glacial era la acogida que ella dispensaba a sus éxitos. De hecho, la separación de sus espíritus radicaba de poco después de su matrimonio, y, al desarrollarse, lentamente y en silencio, llegó hasta a hacer imposible la convivencia de ambos esposos. Aquel que un día escribiera: "no te he visto desde las siete de la tarde de ayer; me parece un siglo", redactaba fríamente estas otras líneas: "desde hace algunos años se me representa que sería mejor para ella separarse de mí y vivir aparte". De esta manera categórica precisaba una idea que años antes le anda por dentro cuando reconocía que Catalina y él "no estaban hechos el uno para el otro".

Después de su separación, esta correspondencia se espacia con largos intervalos. Alguna que otra carta de ella con una contestación de pura fórmula por parte del escritor inglés. Cartas escritas en ocasiones en que no era excusado el dejar de escribirlas. Así, cuando el accidente ferroviario en que salvó la vida Dickens. Su esposa, noticiosa de que viajaba en el tren siniestrado, se apresuró a escribirle inquiriendo noticias de su es-



ARRIBA. - Pasaje de emigrantes hacia América.

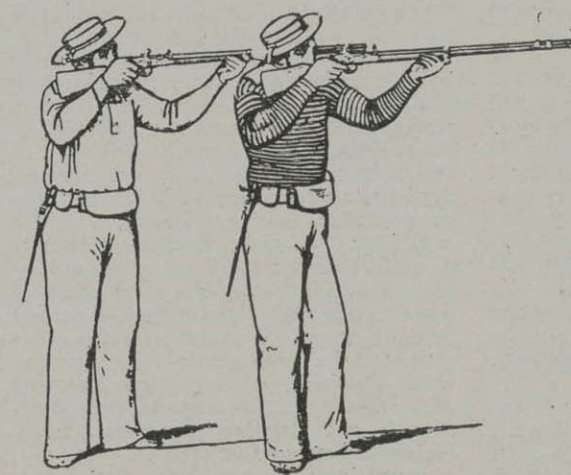
ABAJO. - Vapor inglés apresado con contrabando de armas para los carlistas.

Si es verdad que todos los inventos nacen feos, el barco de vapor nació feísimo a más no poder, aunque hoy ya nos resulte simpático y atractivo el ridículo y desgarrado continente de cesante—a lo más de petimetre—con que se nos vino al mundo.

Si es verdad que todos los inventos nacen feos, el barco de vapor nació feísimo a más no poder, aunque hoy ya nos resulte simpático y atractivo el ridículo y desgarrado continente de cesante—a lo más de petimetre—con que se nos vino al mundo.

Aconteció su aparición precisamente en la época en que la vela ya alcanzaba la armonía y delicada elegancia de los aparejos, que tanto estilizó el romanticismo, conservando, sin embargo, aún toda la rotunda magnificencia y el señorial empaque de los navíos del siglo XVIII: alto el bordo, flanqueado alternativamente de albero y negro; engallado mascarón a proa, mientras la popa lucía todavía tallas y dorados coronando las elegantes galerías. El primitivo barco de vapor, origen indudable del actual estilo utilitario que preside la estética en las modernas construcciones, carecía no sólo de la vela, sino también de la empaquetada silueta y adornos que la vestían de los navíos de línea, y como toda fealdad parece cebarse coreando un rasgo fisonómico, la del vapor fué presidida de consuno por la exaltación de una interminable chimenea, escuálida chistera, cual forzado mimetismo en un tiempo en el que hasta los marineros trabajaban en los altos de la arboladura tocados con el incómodo embarazo de tan poco práctico indumento.

La marina de vapor, como las anti-quísimas de remos y de vela, nació en agua dulce, detalle que no perdonaron los de la profesión; sus primeros pasos—descontados los balbuceos primitivos de Blasco de Garay y de otros en el siglo XVI, que sólo fueron ingenios mecánicos utilizando fuerza de sangre—se dieron, en ríos de Norteamérica o de Inglaterra, a fines del XVIII, y no se aventuró en salir a la mar sino muchísi-



UN SIGLO DE C

la siempre inefable *Gaceta de Madrid* el 22 de junio.

Como todos sus congéneres—pocos aún—el *Real Fernando*, con poco más de las 80 toneladas, era movido por ruedas, muy chato de fondos y sin obras muertas alterosas que acortaran la velocidad al oponer resistencia al viento puntero; lucía una descomunal y tísica chimenea, y, naturalmente, singlaba ayuno de velas ni palos en donde vestirlas. Su máquina alcanzaba las seis millas de andar constante, superando al de las *faltas de dieciocho remos mejor construidas*, según se dijo. Su aspecto exterior era ridículo y desaliñado, y ello contribuyó no poco al natural calvario que toda novedad por fuerza debe sortear; pronto, por ello, a la admiración sustituyó la chunga saladísima y hasta el miedo—el horror a una explosión de la caldera fué enorme—se adueñó de los usuarios en ciernes, temerosos de montar en una embarcación de quincalla, que, al nacer, parecía ya minada del mal héctico. Contra estas críticas y habladerías de colmados y cafés se publicó un folleto, raro hoy día, en el que un tal doctor Mármol, al describir y dar a conocer el *Real Fernando*, hacía la ingenua apología de la moderna suerte de locomoción marítima, emancipada, al fin, de las veleidades del viento, no siempre dócil.

La litografía, novedad que coincidió con la del vapor, nos legó sin fin de estampas en las que puede seguirse paso a paso la evolución de éste en su primera época. Fácil es apreciar que, en cuanto estos buques se destinaron a engolfarse por mares de verdad, se le añadieron más y más velas, hasta resultar verdaderos veleros aparejados de fragata: los capitanes sólo entonces fueron simpáticos con las máquinas, aunque el personal de éstas, nueva potencia a bordo, huraño y desdenoso al comienzo, conservó mucho tiempo el espíritu irredento de aquella época en que se les llamaba la *república central*.

Sólo muy al final del siglo pasado XIX se suprimió del todo el velamen, quedando mundos los palos, subsistiendo, sin embargo, éstos por estética; pero aquella desaparición no aconteció sino después de un curioso fenómeno, verdadero canto de cisne, que ocurrió por los años de 1870, durante un corto período, en el que para transporte de mercancías llegaron a desmontarse máquinas de muchos buques, transformados así en exclusivamente de vela, aparentando un triunfo de ésta, que en realidad no fué sino cual esa mejoría tan escasmante en los enfermos aquejados de extrema gravedad.

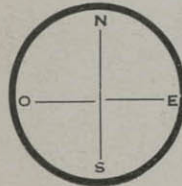
El motivo debió de ser la perfección y belleza que alcanzaron los *clippers* americanos, ya con casco de hierro y sin fin de elementos mecánicos para simplificar y abaratar la maniobra, que, por su gran velocidad y capacidad de carga—sin el peso muerto de maquinaria y carboneras—, alcanzaron un rendimiento muy aceptable para el transporte a las grandes distancias intercontinentales antes de la apertura del canal de Suez.

Los grandes trasatlánticos, que datan de 1838, con el *Monarca* en cabeza, y cuyo tonelaje fué siempre creciente hasta llegar a los actuales y enormes y rapidísimos palacios flotantes, tuvieron también su campaña en contra. Cuando inauguró aquél carrera, periódicos como el *The Times*, de Inglaterra, llegaron a afirmar que el embarcar sus mil y pico de pasajeros era para hacerlos navegar y vivir al modo de los pobres negros, que constituían el miserable cargamento de ébano de aquellos navíos tan tristemente célebres de la trata.

Con el aumento del tonelaje, por ser



MENEAS



varias las calderas, se multiplicaron las chimeneas, que, a su vez, disminuyeron de talla, con el tiro forzado, y al fin éstas constituyeron detalle tan consustancial con el buque de ciertas pretensiones, que hoy día se conservan aún en las modernas motonaves sin más objeto que el continuar con las líneas y estética a que estamos acostumbrados, por lo que la breve y oronda chimenea de ahora tardará en desaparecer, seguramente, al mismo tiempo que aquella larguirucha y héctica empleó en entrar por los ojos y por la razón.

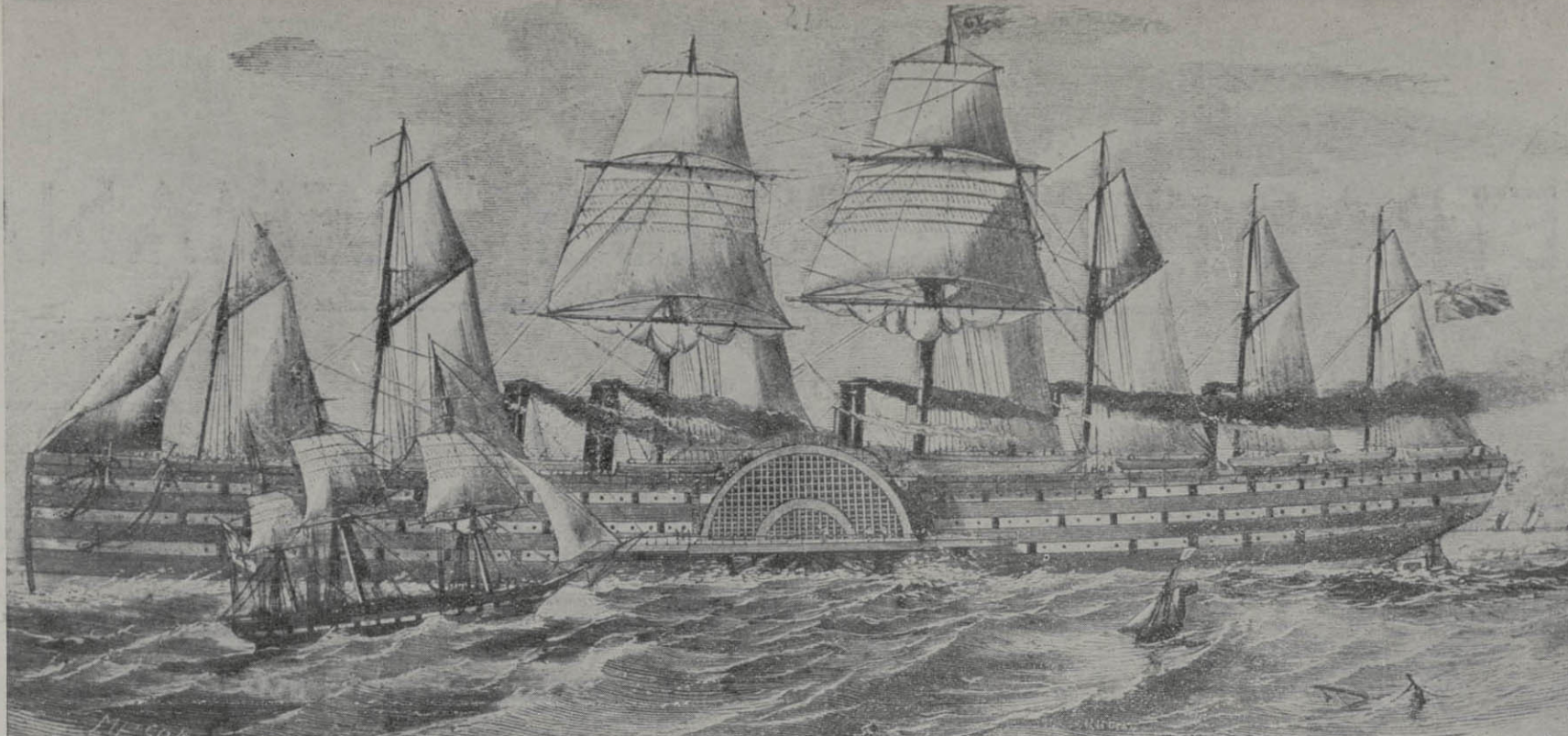
La primera travesía trasatlántica la realizó en 1819 el *Savannah* en veintinueve días; pero su capitán, mister Rogers, no las tuvo todas consigo, y a las ochenta horas de navegación apagó lindamente la caldera y prosiguió el viaje a la vela; por cierto que a su salida se cruzó con la fragata *Contrac*, que, creyéndola en pleno incendio, acudió en su socorro, comprobado más tarde, con asombro, que se trataba de uno de esos barcos de vapor famosos de que ya se hablaba desde años antes.

El *Savannah*, tan sólo de 350 toneladas, fué construido como velero; pero el tal mister Rogers, antiguo socio de Fulton, consiguió se le montara una máquina de 90 caballos, que, por cierto, no convenció, y se desmontó al poco tiempo.

La travesía completamente a vapor no se realizó sino unos años más tarde, en 1822, y se asegura fué el *Rising Star* el que la realizó desde Inglaterra a Chile. A partir de este verdadero acontecimiento, los vapores se popularizaron, aunque tardaron tiempo en perder su carácter exclusivamente fluvial, de los que aquel país en 1839 aun tenía 500 de éstos, y sólo otros 300 navegaban por la mar abierta.

Uno de los primeros que cruzaron el Océano fué la corbeta de vapor *Royal William*, de cerca de 1.500 toneladas, y uno de los mayores de su tiempo; perteneció a Samuel Cunard, el fundador de la importante Compañía de este nombre, y constituyó una hazaña su viaje, de tan sólo diecinueve días, desde Pictou, en Nueva Escocia, a Cowes, en 1833. Pero la historia de este buque nos toca tan de cerca, que merece párrafo aparte.

Declarada la primera guerra civil carlista, dos preocupaciones ocuparon la atención de la Marina, que, siempre leal, no dió de sus filas ni un oficial ni un solo hombre al pretendiente; eran éstas: la defensa de las costas del Norte contra



El mayor barco de vapor del siglo pasado.

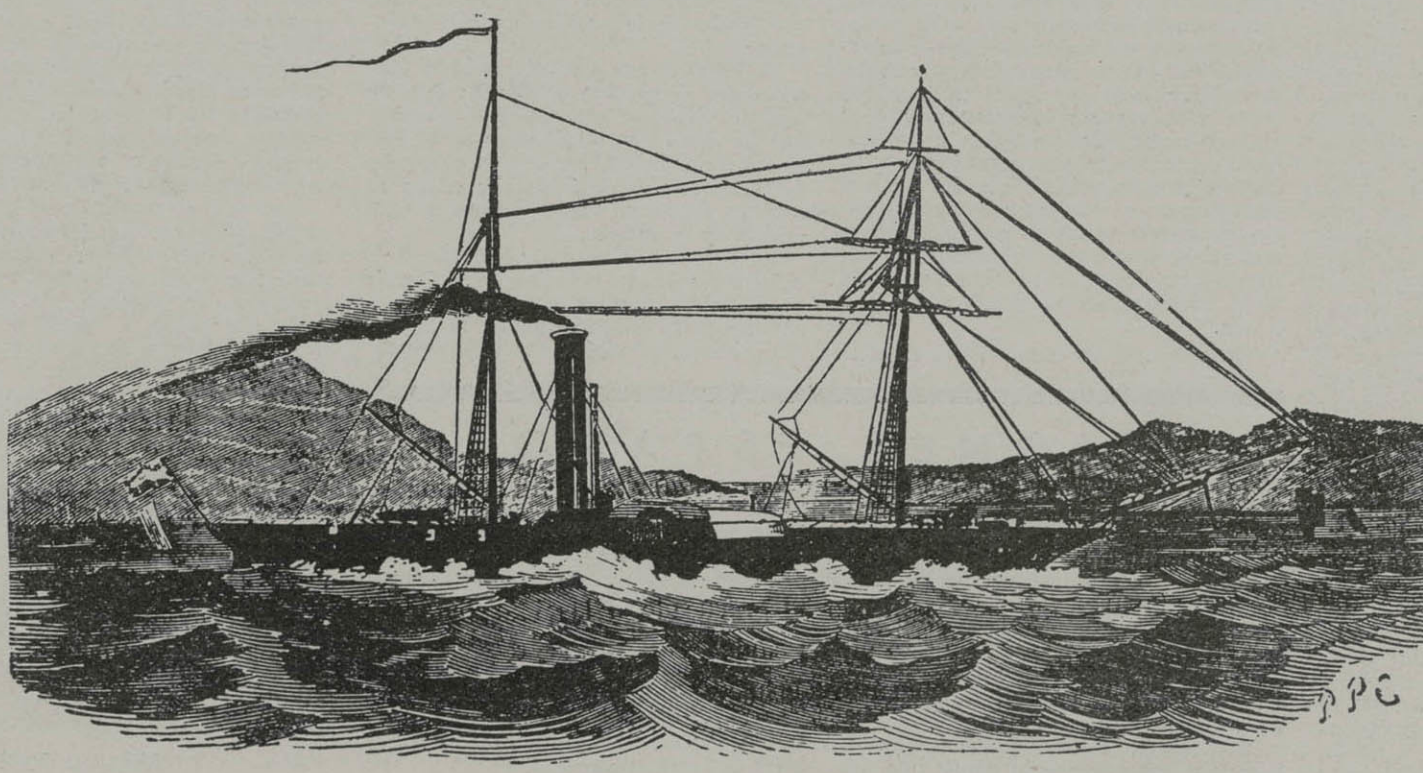
posibles amagos marítimos y el mantenimiento del bloqueo que impidiese el contrabando de armas, alentado desde Holanda e Inglaterra.

Regía el Ministerio del ramo el teniente general de la Armada don José M. Vázquez de Figueroa, brillante oficial que fué en sus años mozos, incluso alabado del mismísimo Nelson, que lo sentó a su mesa en la conmemoración de Abouquir, celoso organizador después, y, por tal, persona que ocupó elevados cargos y carteras del Despacho Universal, inaugurando su carrera administrativa con el hueso de la de Hacienda del Gobierno que rigió a España desde la diminuta y comprometida Cádiz sitiada.

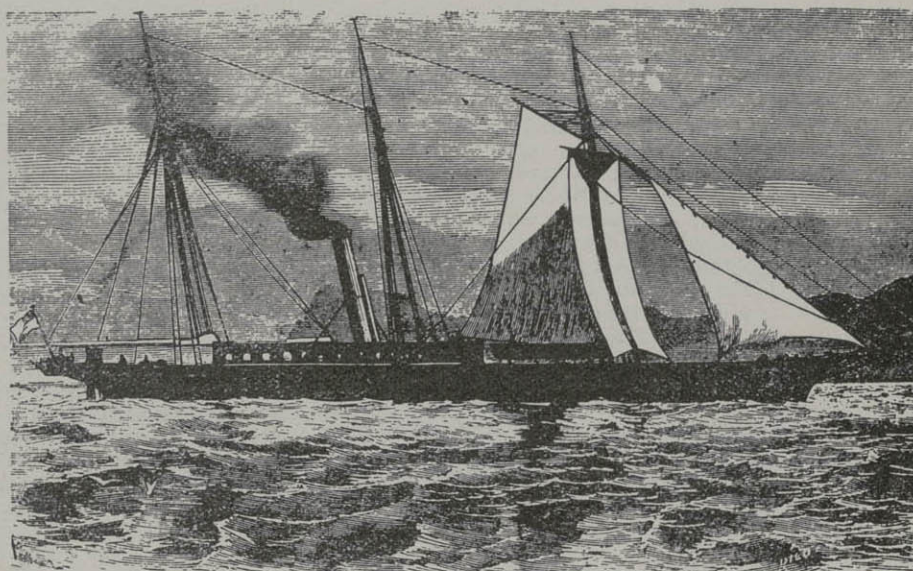
Su honradez quedó proclamada por el destierro que le valió su oposición tenaz a la célebre compra de los navíos rusos, negocio realizado mano a mano entre la camarilla y el embajador de esta nación; de carácter práctico y emprendedor, a él se debió la introducción de la litografía en España, enviando al efecto a Munich al alférez de fragata don José de Cardano, hábil dibujante, que fué el primer director del Real Establecimiento Litográfico de Madrid; a él se debieron, además, entre otras cosas, la intensificación de la explotación de las minas de carbón de piedra por Asturias y la protección y ayuda necesarias para el establecimiento de la línea de vapor, ya mencionada, entre Sanlúcar y Sevilla.

Vázquez de Figueroa se ocupó con tesón de incomunicar por la mar a los carlistas, y atendiendo a lo exiguo del presupuesto en la época en que en las Cortes pudo afirmarse, sin anfibiología, ¡*Ya no hay Marina!*!, realizó verdaderos milagros, para reunir una flotilla suficiente de buques para mantener el necesario bloqueo. Continuamente en relación con Londres, y ante la confidencia de que en Amsterdam se amagaba un alijo importante de armas, comprendió bien pronto la casi inutilidad de la vigilancia a la vela que acababa de montar por el Cantábrico.

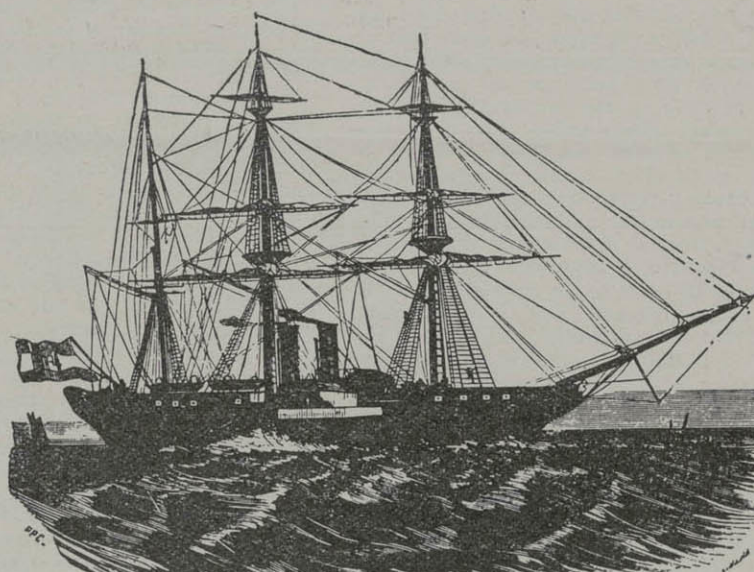
Se afirmaba que el tal alijo se preparaba por el vapor *Samuel Cunard*, nombre del naviero ya aludido, que así engrosaba sus negocios con el del flete caro del contrabando; ante esta novedad comprendió Figueroa que sólo otra de uno o dos vapores podía oponerse



Era esta la silueta de las nuevas naves. El airon de humo de las chimeneas ondeaba entre los mástiles como un nuevo adorno.



Vapor de guerra contemporáneo del Royal William.



Otro del mismo tipo.

LETRAS FRANCESAS Y ALEMANAS

DOS NOVELAS: BUSCA Y HUÍDA DE LA FELICIDAD

Comparar a dos autores por el solo hecho de la aparición de un libro de uno de ellos coincidiendo con la publicación de un libro del otro, no tendría explicación aceptable ni casi disculpa. Sobre todo, tratándose de autores como Maurois y Giraudoux. Pero esta vez sí hay motivo suficiente para, después de leídos, contemplar a ambos libros desde un mismo promontorio crítico, desde una misma distancia. Así, es muchas veces superior a nosotros evitar, en los museos, mientras admiramos una obra maestra, las miradas furtivas a lienzos próximos que, en realidad, nada tienen que ver con el que ocupa, por lo pronto, nuestra atención. El nuevo título de André Maurois, *L'Instinct du Bonheur*. El de Jean Giraudoux: *Combat avec l'Ange*. El primero, editado por Grasset, y el segundo, que venía publicándose desde enero en la *Neuvelle Revue Française*, forma parte de la cuidada colección *Pour mon Plaisir* (también de Grasset), en la cual ha de aparecer pronto *La Machine Infernale*, la nueva interpretación teatral del mito edipiano por Jean Cocteau.

L'Instinct du Bonheur es una novela discreta, escrita con esa gran facilidad —aisance— que caracteriza la prosa del biógrafo francés. No hay que olvidar, al hablar de "facilidad" en un autor, que, cuando se trata de un excelente autor, y este es ahora el caso, el calificativo llega a él de rechazo. En efecto, al lector le ha dejado la lectura satisfecho, mentalmente ágil y con el propósito de seguir usando de este alimento sano, ligero y asimilable. Entonces se dice: la prosa de este autor está escrita con una gran facilidad. Y es justamente lo contrario: el escritor, como Maurois en este caso, tiene una teoría y la aplica, recortando sus paisajes, su ambiente, sus personajes y—esto es más difícil—las pasiones de sus personajes con esmero, con un arte clásico—por esto la novela de André Maurois puede entrar en una determinada vía de la novela francesa—, hasta dejarlo todo muy claro, muy bien limitado, con bordes visibles, sin permitir que las cosas, los seres y las almas se escapen, en *flou*, por el contorno, ni que se agiganten. Hay que distinguir, pues, entre *escribir con facilidad*, lo cual, en las buenas letras, es un presupuesto indispensable, y *crear la facilidad*. El esfuerzo por llegar a ella y, a veces, el excederse en ella, lleva, en muchos casos, a renunciar a abrir caminos y tomar uno de los ya transitados.

En *L'Instinct du Bonheur* el ambiente es provinciano. Se desarrolla la novela en el Périgord, una de las menos conocidas provincias francesas, pese a sus muchos atractivos. Las personas están en dos niveles: los mayores, con sus prejuicios y sus restos de la pre-guerra pesando sobre ellos, y los jóvenes, con su nueva moral y sus nuevas expresiones. Este nuevo mundo está sintetizado en Colette, muchacha decidida, enamorada del hijo de los señores de Saviniac, otros terratenientes, como sus mismos padres, la excelente Valentine y el buen Gaston Romilly. Mme. de la Guichardie, poderosa mediadora en aquella sociedad de respetables personas, añade toda su enorme influencia al amor de los jóvenes, y ya no quedan sino los obstáculos. En efecto, los trámites legales para el matrimonio de los jóvenes remueven recuerdos que los padres de Colette habían creído dejar reposar para siempre. Valentina, antes de conocer a Gaston, había entrado en relación con un acaudalado industrial de Lyon, que la protegió y la usó, haciendo de ella la madre de Colette y la directora de un floreciente taller de costura. Pero esta *liaison* no fué rota con el tiempo suficiente, y ello condujo a que Gaston creyera de buena fe que la hija de Valentine era también suya, ya que nunca oyó hablar del protector. (En la reciente novela del decano de las letras francesas, Paul Bourget, *Une laborantine*, se trata, precisamente, de la hija natural de un rico industrial y de una modista que está al frente de un taller de costura.) Valentine y Gaston, realmente enamorados, deben, sin embargo, esperar unos años para casarse y legitimar a Colette. Dejemos la trama y detengámonos en lo importante: el matrimonio Romilly, en un medio nuevo, se había construido una felicidad. Rodeando los cimientos de esta dicha está el pasado. Por un lado, un pasado conocido por ambos esposos—también por la hija—y no por la sociedad llena de convencionalismos en que viven. Por otro, un pasado que sólo escarba la tranquilidad de la madre. *El instinto de la felicidad* mueve a los que lograron, al fin, darle cima—satisfacerlo—, a no tocarle, para que no se desmorone. Es una

felicidad en gran parte negativa, consistente en la ausencia de turbaciones y, sobre todo, muy de todos los días, de tamaño natural, que no se sale del marco de la novela ni del corazón de los personajes.

"La felicidad consiste en sentirse el alma inmensa y, en el centro, el cuerpo minúsculo como un huesecillo." Esto lo decía Jean Giraudoux en *América America*. Y, en *L'École des Indifferents*, nos advertía que "la felicidad es exigente como una esposa legítima". En las *Aventures de Jérôme Bardini*, "la dulce Stéphy emigraba de la estación divina a la estación humana... Salía de una prisión en otro concepto dura: la dicha". Esta misma emigración, esta liberación es lo que pretende la mujer maravillosa, Malena, que Giraudoux une ahora a su mundo mágico en este *Combat avec l'Ange*.

Así como el libro de Maurois sería—por su argumento y su incesante y bien llevado diálogo—una buena comedia, el de Giraudoux, con su prosa continuada, en una magnífica continuidad musical casi sólida, es una nueva muestra de su manera novelística inconfundible, de lo que él mismo ha llamado "la radioactividad del estilo". A Giraudoux no puede leerse de una vez, ni aprisa, ni por ver el final. Es de tal brillantez—brillo producido por luz interior y no por reflejo—que entrar en su mundo fantástico y permanecer en él durante largo tiempo es una imprudencia. Detesta las teorías y los sistemas y no se propone ninguna finalidad al escribir, porque es, ante todo, uno de los grandes poetas actuales. Su poesía nos sorprende mil veces, aguardándonos tras las esquinas más insospechadas. A Giraudoux debe calificarse—y con ello queda definido de una vez—con una francesísima palabra: *ravissant*.

Todo lo que la última novela de Maurois tiene de concreto, de exacto, de medida anatómica, de discreción, es en la de Giraudoux vaporoso, trascendente, hondo y gigantesco en las proporciones, para poder ser muy humano y sublime. Una mujer que, súbitamente, comprende que se halla sobre un espantoso vacío. Uno de nuestros mejores dibujantes humoristas tiene una historieta de la más sabia intención: un hombre se pasea leyendo, distraído. Llega al muelle y sigue marchando—cual nuevo personaje bíblico—sobre las aguas. De pronto, dándose cuenta del sitio donde se halla, lanza un desesperado "¡Que me ahogo!", y, efectivamente, se hunde. He aquí lo que ocurre a Malena. Sólo que ella no se hunde, porque su Ángel gigantesco, otro Cristóbalón, la salva del abismo, aunque primero ha de sostener con ella una lucha enconada. Marchaba, sin saberlo, por un mundo de algodón, espuma y burbujas sin que el algodón cediese, la espuma se deshiciere ni las burbujas estallasen. Pero un día surge un choque. El Destino la había empujado un poco fuera de su poltrona de conducta y pensamiento. Se tambaleó, y al recobrar el equilibrio se hallaba en un planeta diferente. En este mundo nuevo estaba la desgracia, el descontento, el desasosiego. Sobre todo, el desasosiego (Giraudoux sabe infiltrar en sus libros los latidos de la época, los problemas eternos y de actualidad, con una sorprendente habilidad, pues están en todo el libro y no se sabe por dónde entrar). Pero ella, la mujer de la otra orilla, no podía hincar sus raíces en la nueva tierra, y la desgracia, la intranquilidad, el mal, no humedecían sus raíces, no abonaban a la que deseaba ser nueva planta. El Destino es tan tiránico que no permite siquiera a un ser avergonzado de su silencio, de su belleza, de su reposo, nublarse con vahos de penas y deformidades. Por eso Malena, combatiendo con su Ángel de la Despreocupación, pierde en la contienda.

Quiso pintar un esqueleto en el ence-

rado de su conducta; hubo alguien muy poderoso que le llevaba la mano y le hizo trazar la alegría de un monigote. "On a fait de moi un être futile qui ne voit pas les monstres." Bамboleándose, salió del mundo en que pretendía afincarse, cayendo para siempre en su propia orilla. Inútil luchar contra un instinto. Su intento de huida fué como el elástico, que, estirado en demasía, o se rompe o vuelve con ímpetu.

He aquí cómo el libro de Giraudoux,

tan distinto del de Maurois, pudo haberse titulado también: *El Instinto de la Felicidad*. En el primero, el instinto es acatado; el segundo es la maravillosa historia de una rebelión.

Y no deja de tener interés el que ambos libros de estos dos escritores europeos hayan sido construidos—en esta época de desgracia—sobre el tema de la Felicidad.

RAFAEL VÁZQUEZ-ZAMORA.

EL JOSÉ FARAÓNICO Y EL MASACRE DE LOS ARMENIOS

En el mismo momento en que se publica la edición española de la *Montaña mágica*, de Thomas Mann, aparece en Alemania otra obra monumental de este autor, la trilogía novelesca: *José y sus hermanos*, que se extenderá el día que esté terminada sobre unas 1.200 páginas. Thomas Mann pertenece a los pocos espíritus contemporáneos capaces de emprender la lucha con el "tempo" de nuestra época y hasta de detener la frenética rotación espiritual—que acompaña la cósmica—arrojando en su órbita los peñones de sus trabajos ciclópeos.

En otro lugar ya hicimos la exégesis del primer tomo, intitulado: *Las historias de Jacobo* (402 páginas, S. Fischer Verlag, Berlín). La Biblia, de por sí, nos ata, como a Prometeos, a la roca gigantesca del mito y de su ética. La gran novela de Mann no es, como se puede creer, otra Biblia saturada de sensitivismo moderno, sino una obra independiente y exenta de las ligaciones mortificantes con que pesa sobre nosotros el Viejo Testamento. Mann se sirve de sus protagonistas sólo como de unas figuras históricas, con la ventaja de que se alzan ante nuestra imaginación en unas dimensiones mucho más vastas y en una firmeza mucho más impresionante de la que puede otorgar a sus personajes el horizonte histórico. Se aprovecha de la circunstancia de que la esencia religiosa de la Biblia dota a sus individuos de un fluído irresistible mágico-emotivo, cuyas emanaciones nos embriagan de grandeza. Los hombres Jacobo, Laban, las mujeres Rahel, Dina, son simples seres humanos; sin embargo, parece detener su presencia el curso de los astros, pues no hay nada que les caracterizara más decisivamente que su ritmo vital, que es el ritmo épico absoluto.

Algo similar demostramos de Thomas Mann, cuya alma se tiende como una enorme cúpula de equilibrio sobre las turbulencias de nuestra era. Recuerdo el párrafo de *La Montaña mágica*, donde el protagonista se envuelve en una manta. En esta descripción, que toma varias páginas, nos abriga Mann a todos nosotros, al mundo entero; la precisión, el abarcamiento y la minuciosidad del relato nos cautivan tan completamente que todos nuestros sentidos se quedan impregnados de aquella manta.

Sí, pues, un autor de tanta potencia épica se entrega a un argumento de fuerza motriz idénticamente reprimida, tiene que surgir en medio del torbellino mundial un oasis de estabilidad, de calma. Parece que el día que la trilogía nueva de Mann esté traducida a todos los idiomas, tendría que ser más eficaz la realidad que entonces representaría que aquella que hoy día tratamos de apaciguar en vano por medio de la política y de la sociología.

A fines de este año aparecerá el último tomo de la obra de Mann: *José en Egipto*. Tenemos ante nosotros el segundo: *El joven José* (337 páginas, S. Fischer Verlag, Berlín), que da el espejismo de la historia de José hasta la escena en que sus hermanos dan a Jacobo la falsa noticia de su muerte.

La vida del joven José, extraída de la enjutez del dogma hebraico y entrelazada en el tejido multicolor de narraciones, obtiene en su nuevo contexto un esplendor precioso. El adolescente, cuya existen-

cia bíblica flota ante nuestra mente sin contornos agudos, se convierte bajo las manos de Mann en una figura de esbeltez encantadora, esbeltez tanto de orden físico como psíquico. Mann hace de este muchacho una enunciación del goticismo. Sus emociones se dibujan sobre su frente como venas de una hoja repujadas con el cincel del damasquinador. Su suavidad y ternura son las de uno de aquellos chivitos que en el mun pétreo de los claustros góticos evocan el consuelo de idilios sempiternos, y su belleza, por fin, es la de una virgen gótica.

Esto no quiere decir que Mann emprendiese una trasplatación de ambientes. El fluído oriental de la narración se conserva perfectamente, y es más: se acentúa con profundos conocimientos de la materia. El goticismo en la figura de José no significa más que uno de los mil ejemplos de cómo esta obra está desprovista de ligaciones temporales. El José de este segundo tomo de la trilogía es una especie de deidad pagana en su infancia, que, con la infinidad de sus posibilidades futuras, abarca el orbe.

* * *

Sólo subterránea es la relación de la novela de Thomas Mann con la de Franz Werfel: *Los cuarenta días del Musa Dagh* (dos tomos, 557 y 584 páginas, Paul Zsolnay Verlag, Berlín); pero tanto más emocionante. Así como Mann hace de un episodio bíblico un épico de vigencia profana, Werfel ciñe el destino de los armenios de vahos bíblicos. Las intenciones de los dos autores se cruzan agudamente como dos espadas.

Werfel concibe una historia grandiosa de la tragedia del pueblo armenio martirizado y expulsado por los turcos bajo el pretexto de que se trataba de traidores y de una raza etnológicamente dañosa. Huelga repetir los datos históricos de la tragedia armenia; en su tiempo, el mundo retumbaba de ella; incluso había quien se compadecía—al menos teóricamente—de aquella gente infortunada. Y es más: la consciencia de la Humanidad nunca llegará a olvidar por completo infamia de estas dimensiones, aunque su recuerdo suele deslizarse al bolsillo cómodo de la subconsciencia.

Ahora bien: Franz Werfel siempre antepuso el ímpetu a la comodidad. En mil casos hizo que se estremeciera la subconsciencia y hasta la inconsciencia de los hombres. Y hoy vierte sobre ellos cófuria sagrada este relato dramático, que rescata el armazón histórico de aquellos masacres y lo anima con penetrantes acontecimientos novelescos.

Ante los esbirros turcos huyen los habitantes de cierta comarca armenia a la montaña de Musa Dagh y resisten en su cima durante cuarenta días los ataques de sus enemigos y la desesperación que emana el mar a sus espaldas. Al fin, la flota americana trae la salvación, una salvación bastante dudosa, pues la mayoría de los armenios pereció y los supervivientes se encuentran saturados de muerte.

Esto es el eje novelesco de la obra magna que refiere con fidelidad objetiva la lucha desesperada entre un pequeño pueblo inteligente y una gran nación poseída de fanatismo. Es precisamente este contrapuesto que seduce a Werfel a estratificar su novela. Werfel ha vivido muchas fases del comportamiento psíquico. A diferencia de Mann con su constancia épica, Werfel nos parecerá siempre un escritor juvenil por el continuo fluir de sus concepciones. La tendencia que desde luego ensarta los eventos de su novela es nada más que una fluencia de ideologías. A este dinamismo otorga Werfel cierta estabilidad, envolviendo—como indicamos antes—los acontecimientos modernos en una vitalidad bíblica. Así generaliza lo singular de la tragedia armenia. Ahora bien: aunque generalizándola, no la petrifica. *Los cuarenta días* son la proyección de muchas tragedias populares sobre la pantalla de nuestra autognosis fluente.

MÁXIMO JOSÉ KAHN.

EDICIONES ESPAÑOLAS

La revista *Cruz y Raya* acaba de editar tres nuevos libros—"Poesías de Gil Vicente", publicadas por Dámaso Alonso; Karl Vossler "Introducción al estudio de la literatura española del siglo de oro"; José Bergamín, "La cabeza a pájaros"—; que en todo lo que un libro es, en alma y cuerpo, pueden ser puestas mo modelo a la mezzquindad editorial española. Lo que no quiere decir que su mérito sea tan exiguo que no pasen de sobresalir sobre tan bajo nivel. Los tres

nuevos libros que dicha revista ofrece, constituyen por sí mismos—a resguardo de toda comparación—, buena muestra de hasta dónde se puede llegar cuando una sensibilidad interviene en este arte de la edición, en el que parece había sido proscrita su presencia.

Esto en cuanto a lo externo, en cuanto a la corteza, por decirlo así, de estos tres libros. De su contenido se ocupará, con la extensión que merecen, el crítico literario de nuestra revista.

¡Ah!, eres tú, eterno nombre sin fecha,
bravía lucha del mar con la sed,
cantil todo de agua que amenazas hundirte
sobre mi forma lisa, lámina sin recuerdo.

Eres tú, sombra del mar poderoso,
genial rencor verde donde todos los peces son como piedras por el aire,
abatimiento o pesadumbre que amenazas mi vida
como un amor que con la muerte acaba.

Mátame si tú quieres, mar de plomo impiado,
gota inmensa que contiene la tierra,
fuego destructor de mi vida sin numen,
aquí en la playa donde la luz se arrastra.

Mátame como si un puñal, un sol dorado o lúcido,
una mirada buida de un inviolable ojo,
un brazo prepotente en que la desnudez fuese el frío,
un relámpago que buscarse mi pecho o su destino...

¡Ah!, pronto, pronto; quiero morir frente a ti, mar;
frente a ti, mar vertical, cuyas espumas tocan los cielos;
a ti, cuyos celestes peces entre nubes
son como pájaros olvidados del hondo.

Vengan a mí tus espumas rompientes, cristalinas;
vengan los brazos verdes desplomándose,
venga la asfixia cuando el cuerpo se crispa
sumido bajo los labios negros que se derrumban.

Luzca el morado sol sobre la muerte uniforme.
Venga la muerte total en la playa que sostengo,
en esta terrena playa que en mi pecho gravita,
por la que unos pies ligeros parece que se escapan.

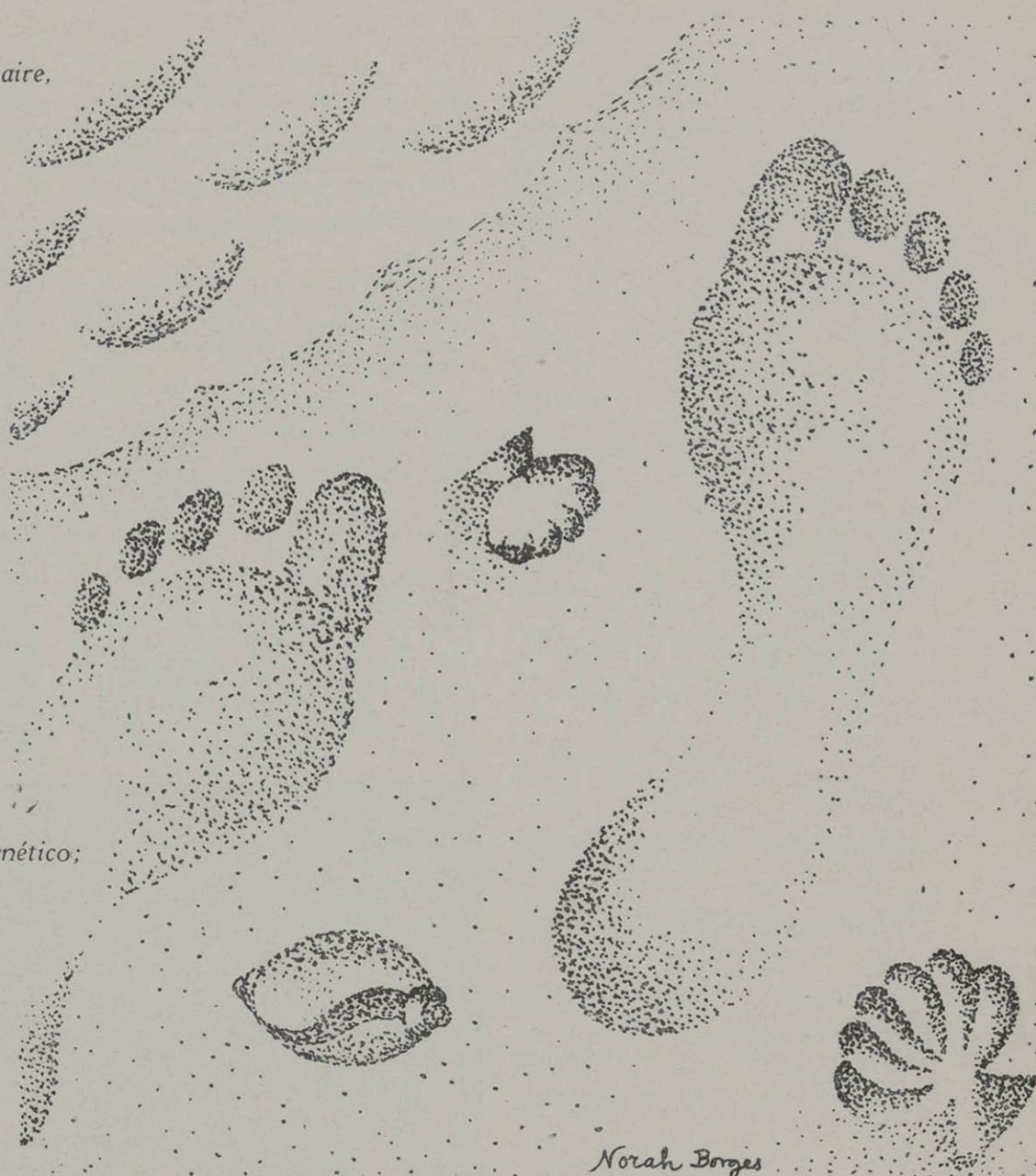
Quiero el color rosa o la vida; quiero el rojo o su amarillo frenético;
quiero ese túnel donde el color se disuelve
en el negro falaz con que la muerte ríe en la boca.

Quiero besar el marfil de la mudez penúltima,
cuando el mar se retira apresurándose,
cuando sobre la arena quedan sólo unas conchas,
unas frías escamas de unos peces amándose.

Muerte como el puñado de arena;
como el agua que en el hoyo queda solitaria;
como la gaviota que en medio de la noche
tiene un color de sangre sobre el mar que no existe.

VICENTE ALEIXANDRE

La Muerte



Norah Borges

Jacobo Uber

Por EDUARDO MALLEA

I

Una cosa salvaba a Jacobo Uber de la abominación: era esa sustancia de sufrimiento con que había amasado su vida y que acabó por destruirlo.

Jacobo Uber era un hombre pequeño y magro, muy regularmente atado a sus hábitos, que se turbaba antes de hablar. En realidad esto le sucedía con todos aquellos seres cuyo fondo no conocía. Con sus camaradas, con los miembros de esas familias del azar de que habla Dostoievsky y que cada hombre en su turno va creando. Jacobo Uber adoptada, por el contrario, un aire extremadamente cómodo. Afectado de una extraña dolencia del alma, en la compañía de estos hombres pugnaba por escapar de sí, y en raros minutos de felicidad lograba alejarse de la atmósfera interna que desde niño lo sofocaba.

Durante años y años, su gran afán consistió en librarse del peso de ese aire viciado que llevaba dentro. Quiso desviar los ojos de sí y volverlos hacia la salud multiforme del mundo en sus islas más altas. Pero este pobre hombre no consiguió nunca matarse lo suficiente como para renacer, y hubo épocas en que se arrastró a sí mismo, por detrás de su voluntad y su espíritu—que marchaban avanzados con un aire triste—, como se arrastra un despojo. Era también penosa en él esta caridad con que consideraba todo lo que encerraba de inmodificable y que le había sido dado por la naturaleza con espíritu de condenación.

Fué un hombre muy solitario y muy triste. Lo más grave de todo: un hombre que no acabó de nacer nunca. De los que le conocieron yendo y viniendo por la gran ciudad movido por los exteriores resortes de todo el mundo, nadie sospechó siquiera semejante condición. Por el contrario, les parecía un hombre de vida

Como anunciamos en nuestro número anterior, DIABLO MUNDO quiere dar una muestra significativa de la nueva literatura española de América publicando este relato de Eduardo Mallea, uno de los escritores más valiosos y personales de la República Argentina.

tranquila, seguro de sus placeres, cómodo en sus hábitos, relativamente satisfecho en medio de los humanos motivos de aflicción. Y desde su camarada más próximo, un inspector jubilado de recaudadores amigo de los artistas, hasta la propia señora Folán, que llevaba la contaduría en el séptimo piso de la oficina, veían en la soledad de Jacobo Uber cierto fondo de aburguesado egoísmo, al que se referían en su presencia con benévola ironía.

La vida de este habitante de Buenos Aires no podía ser más banal. A través de ella sólo se llegaba a tener noción de una blanda conformidad frente a las mutaciones del mundo; Jacobo Uber desempeñaba u pueston público, vivía en una pequeña casa del barrio Sur, era apasionado del cinematógrafo y almorzaba los sábados en una rotisería francesa, donde le servían platos de suculenta sazón: "Aloyanrôti aux legumes panachées" u "omelette à la Tour de Nisan", con una media botella de Chateau-Margaux. Hubo épocas en que se pasó la semana esperando este momento; después, como si su paladar se hubiera estragado, siguió yendo al restaurante por inercia, sin encontrar especial sabor en la comida.

Era empleado público desde muy joven. Su padre llegó de Europa—era oriundo de Lyon—también antes de la madurez y la vida argentina lo asimiló rápidamente. Murió una tarde en una estación de ferrocarril de una angina pectoris. Jacobo Uber se fué entonces a vivir, con el pequeño patrimonio que re-

cibió, a la casa donde había transcurrido su infancia y que su padre había tenido alquilada a un matrimonio belga a fin de poder percibir esta renta y gastarla en alcoholes caros. Su hijo había vivido hasta entonces en una pensión, y cuando llegó a la pequeña casa ruinosa, que ocupaba un primer piso sobre un comercio, sintió su corazón lleno de congoja, por una causa inexplicable, como si se fuera a refugiar en los cuartos de aquel edificio con el infortunio y la desesperación.

Se complacía en pintar él mismo la casa, de tiempo en tiempo, variando los colores de las habitaciones; respetaba sólo el cuarto que había pertenecido a su progenitor, y que estaba siempre cerrado, lleno todavía con los objetos que le pertenecieron: cómodas barrocas, frondosos candelabros y espejos de grueso marco ornamentados, sin contar con las pesadas y sedosas cortinas de Venecia. Una vez por mes abría la ventana de ese cuarto y dejaba que el polvo se aventara; luego volvía a clausurar herméticamente las puertas.

Había sido hasta entonces un gran aislado. Poc propenso a las juergas y eternamente sombrío al regresar, con los grupos de joviales camaradas, de las casas de cita donde eran agasajados por siniestras matronas de batón vistoso. Tampoco le divertían los bailes ni los espectáculos deportivos; en estos últimos se hallaba siempre deprimido por la brutalidad del público y la terrible atmósfera de exacerbación que quedaba flotando, al final del

acto, sobre el estadio desierto. Se complacía, en cambio, en la amistad de algunas mujeres que trabajaban en distintos sitios de la ciudad y a las que había conocido de mil maneras casuales y sencillas.

Trabajaba en la oficina de un modo obstinado, forzando su mente, naturalmente propensa a la divagación y al ensueño. Bajaba los ojos sobre el teclado de la máquina y leía: "Expediente A - Legajo C. Y. Z." No se había propuesto ser un excelente empleado, pero quería, eso sí—y de qué modo!—, arrebatarse a esas ideas hacia las que tenía inclinación y que lo agotaban. Estas ideas consistían en considerar circunstanciadamente su propio aislamiento y le traían de pronto miedos tan vagos como insoportables. Lo que más lo hacía sufrir era imaginarse a la humanidad semejante a un todo al cual él no estaba unido por lazo alguno, como no fueran las superficiales vinculaciones que su vida vegetativa le creaba. Una madrugada había tenido que refugiarse en un café, como huído de la calle y la urbe, y estuvo allí anheloso, encogido, palpitante, sorbiendo un vaso de cognac y viendo a todos aquellos hombres, que le eran extraños, repartidos en las mesas, en medio del humo azulado y del halo amarillento de las lámparas. Pero al lado de estos extraños subía, al menos, un calor; mientras fuera, en la calle, en plena noche, ¡qué tremenda penuria para su alma librada al desierto!

Se sentía vivir en un sopor. Abierto de ojos e inmóvil, como una anémona. Por la mañana salía para la oficina sorbiendo el aire y el sol, no sin alegría. Pero desde que entraba en la corriente de seres y rostros entre los que debería cumplir su jornada, sentía una desazón profunda, un desencanto de todo, que se cernía en el fondo de sus actos mecánicos y de sus palabras superficiales. ¡Palabras superficiales! ¿Es que había dicho alguna

vez otras, más profundas? No. No, no había tenido nunca a quien decirles, ni ocasión de pronunciarlas. Jamás había confiado nada a nadie, jamás se sintió lo suficientemente cerca de un ser como para librarle eso que él veía como la vaga historia de su existencia y que sin duda no tendría, objetivamente, interés alguno.

Esa sensación de desaliento comenzó a crecer en él a los treinta años. Antes había sido regularmente despreocupado, pero a partir de esa edad pensó mucho en su responsabilidad como hombre y en su fracaso sentimental, que se expresaba bajo la forma de una árida soledad y una permanencia en el raro mundo recóndito que encerraba. Pensó en ahorrarse y viajar (en distraerse, traerse fuera de sí), en abandonar su puesto e iniciar otra vida, dar paso en su existencia a la aventura. Pero todo esto, con el tiempo, fué quedando en la nada, como si antes de moverse en cualquier de esos sentidos tuviera él la certidumbre de su fracaso. Seguía inclinado sobre los legajos, después de haber recorrido—no sin alegría—las aceras soleadas y haber almorzado frugalmente en un bar económico de la calle Reconquista; extendiendo informes en los que no pensaba al escribir y mirando, desde su escritorio de inspector, a la señorita Rebeca que escribía con dedos veloces y mostraba por debajo de la mesa sus piernas enfermizas y flacas. Pensaba en lo que sería la señorita Rebeca en la intimidad y en los resortes que movían en ella tan tenaz animación. ¿Pueden existir seres para quienes cada gesto de la vida no tenga un rictus dramático, un fondo trágico? Indudablemente, vivía rodeado de este tipo humano desaprensivo, tan diferente a él y que envidiaba. Los envidiaba por lo que de ellos vivía fuera de ellos mismos. Por poder volcar en pasiones hacia otros seres, espectáculos o cosas. El, en cambio, se sentía destinado a vegetar entre los objetos que le eran familiares—una cama, un restaurante, un "aloyau rôti", un cuarto lleno de litografías e imágenes recortadas—, profesándole ese afecto que nunca había podido dirigir hacia algo viviente. Se consideraba con melancolía tal como era: un receptáculo humano conteniendo un mundo sin salidas, es decir, un mundo estancado, donde los mirajes se mueven sin correr y sucederse por otros. Solamente su imaginación era en él algo activo. Y en vez de vivir imaginaba, creaba, en su mundo interno, cosas que comen—han en él y acababan en él. ¿Qué cosas? Todo lo que, en cada instante, hubiera querido vivir y no vivía.

Esta vida ficticia acababa por dejarlo siempre extenuado y angustiosamente sombrío. Era entonces cuando hacía esfuerzos por ir hacia la realidad, por dejarse a sí mismo para lanzarse hacia el mundo, por extradivertirse. Esta lucha era en él terriblemente dramática; lo único que en definitiva lo acercaba a lo real, lo único que no era en él ficción interior.

El mundo, tan efímero en su plano físico, ¡qué extrañas resonancias despertaba en él! Al propio tiempo, qué cúmulo de decepciones taciturnas y de amargos regresos a la inmutable verdad concreta. Raptado por sus espejismos, su vida ficticia era infinitamente vasta; pero reducida, en cambio, hasta el último extremo en los goces que extraía de lo humano y lo real. Los días de fiesta salía con su amigo Lucas Mordach al campo y caminaban por las vastas praderas monótonas hasta el anochecer; luego, en invierno, tomaban un te con anís en el bar de la estación, y en verano un mazagrán delicioso en medio de los grupos de pacíficos agrarios. Lucas Mordach, un raro personaje verboso y sensual, mordisqueaba las flores de calicanto, reía y silbaba, guardaba en los bolsillos puñados fragantes de cedrón. Sus ojos se avivaban, su boca se entreabría respirando la delicia salvaje de la tierra prolongada en arbores y las típicas copas planas de los árboles del país. Pero, caminando al lado de Mordach, Jacobo Uber no advertía la forma perfecta de un ombú ni el "olor litúrgico" de los pinos, sino cuando aquella voz gangosa lo llamaba a fijar la atención; él veía ante sí, mientras marchaba dándose pequeños golpes en la pantorrilla con una rama verde, multitud de imágenes que nada tenían que ver con el paisaje circundante. Eran delicadas representaciones, mirajes en los que se disponían las circunstancias de un modo trágico, ensueños. Le parecía estar caminando en las botas de un granjero, con un delantal azul de peto alto y un ancho sombrero de paja, viniendo desde el lado del horizonte hacia su casa, en la que había una mujer y un niño de pantalones demasiado largos que masticaba semillas; pero sobre la casa y esos seres pesaba un agüero de tragedia. Eso le parecía. El sol no daba sobre éste o aquél árbol, en la pradera, sino sobre su miraje. Algo semejante le ocurría cuando, algunos primeros de mes, iba a cazar perdices coloradas o a pescar truchas en el lago de Baldivén; sin embargo, en estas ocasiones, la voz de su compañero, una voz fuerte y sana, lo dejaba extático, oyéndolo casi sin escuchar. "¡Qué hermoso día de campo!",

exclamaba cuando volvía en el tren, y sus ojos se clavaban inmóvilmente en los caseríos del camino, que se sucedían de manera vertiginosa.

La potente iluminación nocturna de la ciudad le sorprendía siempre lleno de aprensiones imaginarias. Alguna oscura catástrofe lo amenazaba, como un torrente a un clavel del aire suspendido en plena intemperie. Y andaba buscando refugios, de bar en bar, de cinematógrafo en cinematógrafo, sin entregarse a lo que venía, sino para multiplicar su cavilación y los caminos de su preocupada fantasía.

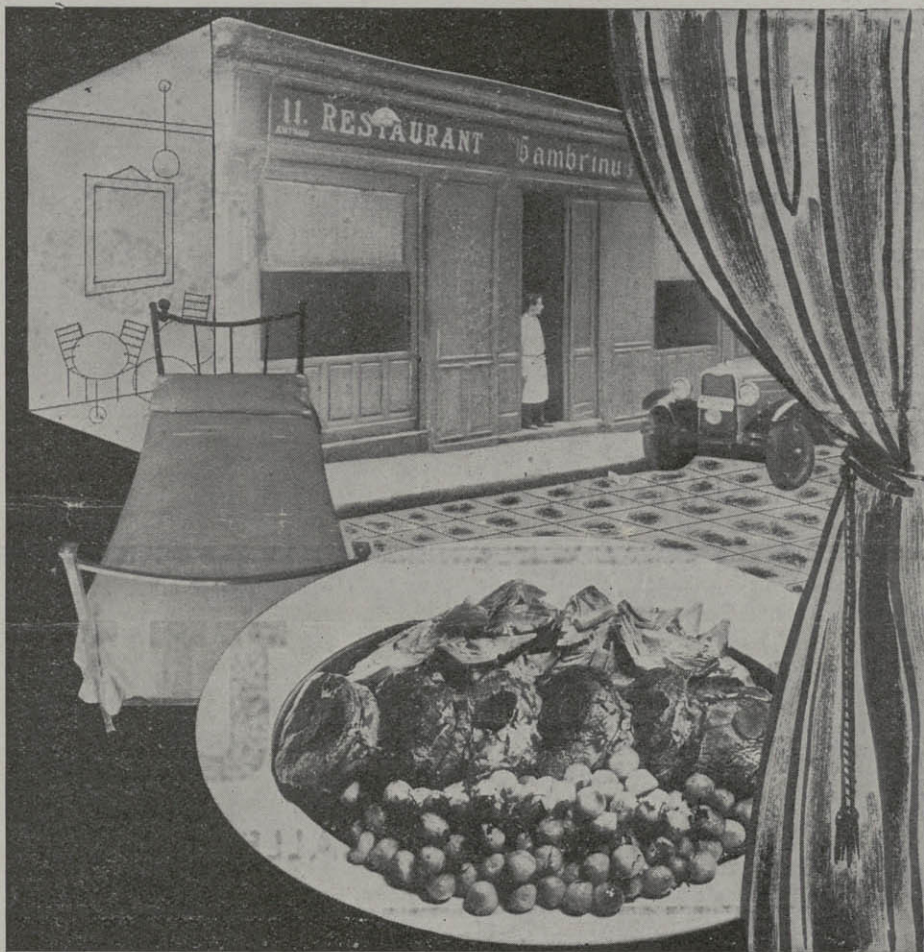
II

Sus años juveniles transcurrieron así, y conservó él, permanentemente, la sensación de que todo el mundo, con sus fenómenos y mutaciones infinitas, hubieran pasado dentro de él.

Creía, de este modo, por las resonancias profundas de que se sentía habitado, que vivir hacia dentro era el modo más noble y generoso de vivir. Porque, ¿qué más podía dar a las gentes que los atributos con que los moldeaban su fantasía y las emociones que en él suscitaban? Y era este raciocinio lo que le llevaba a no explicarse su soledad, que se hacía por momentos tan triste.

Sólo una vez había pensado en casarse y traer a la casa sombría un ser ameno y amable. Pero él no sabía explicarse a ciencia cierta lo que sucedió, lo que dió el traste con su voluntad. Un amigo de infancia, Azel Lima, daba fiestas en su casa e invitaba a las reuniones semanales a jóvenes capaces de hacer la

sin que hablaran apenas, como entre dos amantes viejos y cansados. El le dijo, acariciándole tristemente el pelo: "Ya no podré vivir sin tu apoyo, sin este pelo, que querré, cada vez más, a medida que encanezca." No sabía por qué le había dicho aquello. En realidad la imagen del encanecimiento le venía porque había ya algo de marchito entre los dos, porque aquella mujer no era, en su sensible presencia, lo que él pensaba a solas de ella, lo que quería él convencerse que era. Cuando estaba con esta Carlota Morel añoraba la Carlota Morel de su cerebro, la amasada en sus meditaciones, en su soledad, la Carlota Morel que desde hacía meses habitaba su casa de la plaza de la Constitución, sin estar allí con su carne y su voz sensibles. Ante esta extraña presencia él se exaltaba; pero ante la Carlota Morel no podía experimentar ya sino una suerte de afán por huirle, por dejarla en un arranque, para ir a reunirse con la otra, con la Carlota creada por él, parecida a ésta, pero no igual, transformada... Volvieron algunas veces al sordido hotel, y ella le preguntó una tarde por qué no iban a su casa, a la casa de él, en la plaza de la Constitución. Jacobo Uber evitó contestar y permaneció pensativo. Pensaba en lo que hubiera sido el misterioso encuentro de las dos mujeres; en que tal vez, espantada la Carlota Morel de su soledad, habría escapado. Esto hubiera sido terrible. Sacudió la cabeza ante tal idea, mudo, y ella nunca supo por qué no la llevaba Jacobo Uber a su casa; lo atribuyó a muchas cosas y no tardó en olvidarlo.



vida ligera y alegre. Un sábado, en el curso de una de esas reuniones, conoció Jacobo Uber a Carlota Morel, una mujer alta y rubia, de ojos vivos, con cierto esplendor en toda su figura y un gesto de dominio en la ingeniosa cabeza. Era una mujer de manos pequeñas, bastante culta, que daba lecciones privadas de idiomas, leía a Hölderlin en el original, no se inquietaba por la opinión de la gente y, en definitiva, lo pasaba muy bien con su jovialidad y su repentino tono autoritario. El pareció impresionarla desde el primer día; ella le habló, con inteligencia y serenidad, de muchas cosas de su propia vida, creando así una especie de precoz intimidad, en la que él se sintió complacido. Pronto la invitó a que se encontraran, dos o tres veces por semana, en el Jardín Botánico o en el parque Lezama o en alguno de los otros paseos frondosos y solitarios de la ciudad. Un día ella le confesó inquieta: "No soy feliz. A cada rato me traiciono. Todas las noches me invade un terror, me siento sobrecogida y a veces me echo a temblar, espantada del silencio en que vivo." Jacobo Uber la miró profundamente y no le contestó nada. Nunca le dijo nada. El creía amarla ya, y ella veía en él a un hombre concentrado, dotado de un tranquilo coraje ante la vida, fuerte y tierno. Pasaba el tiempo, y él seguía soñando con ella, alegrándose al verla aparecer en las calles donde se habían dado cita, enmudeciendo al encontrarla. Al fin las palabras se hicieron más escasas e inútiles entre los dos. Una noche entraron en un sordido hotel de piezas húmedas, donde había una gran cama desolada, y un lavado, y cortinas de encaje de Orleans. Aquello sucedió

A raíz de una discusión, mientras iban un día caminando por una desierta calle central, disputaron agriamente. El hombre no podía soportar por más tiempo la triste desazón que le causaba encontrarse con esta mujer a quien cada día veía más como a una extranjera. Se sentía irritado por su propio silencio ante ella, irritado de no saber qué decirle a lo largo de las extrañas entrevistas. Ella, en el fondo, había aceptado en su alma la visita de un frío, de una ola glacial, y mostraba en todos sus gestos algo de maquinales e indiferente. Erguida, seguía con sus tópicos, describía el viaje del poeta Hölderlin por su locura. Fué aquella noche cuando, al regresar de un cinematógrafo, por las calles desiertas, y suscitarse una discusión, se sintió ella increpada por él, respondió con un gesto dominante, sin palabras, en actitud de secreto desafío. Jacobo Uber tuvo un movimiento de terquedad, brilló en sus ojos una centella de furia y, volviéndose, se alejó de ella de un modo seco y brutal. Sabía de sobra que esto no era valentía, ni presencia de espíritu, ni era nada. Pero quería hacerle; llevaba en su interior desde hacía mucho ese gesto. Aquella noche, al meterse en cama, sintió las sábanas frescas y se juzgó liberado de algo, en paz con la imagen que lo habitaba. La noche le trajo, con el sueño, del hotel vecino, un olor a manzanas, y ese olor le pareció algo nuevo e ignorado.

A partir del día siguiente fué un hombre distinto. Se sintió trabajar con felicidad, cantó y silbó. Nancel el menor, uno de sus compañeros en el departamento de recaudaciones, le dirigió una broma alusiva a su estado de alacridad. En verdad

se sentía otro, feliz, libre del peso en que se le había convertido cada entrevista con la profesora de idiomas; atento, apenas consciente de ello, a la misteriosa compañía que llevaba ahora a solas, bella, rica, mujer que podía evocar a cada instante, llamarla a su lado, sin tener necesidad de entablar lucha con las palabras, abstraerse en ella con delectación. Quería a esta mujer, que tenía los rasgos físicos de Carlota Morel, pero que reaccionaba a su voluntad y se movía a su placer, con su suave andar, sigilosa, vestida con los trajes que él escogía, volviéndole los gestos que él, en un instante dado, necesitaba. Durante quince días se sintió totalmente feliz y no percibió arrepentimiento ni pesar alguno. Se complacía en pasear solo por la ciudad, y aun cuando lo acompañaba algún amigo, remontando las bellas calles del Norte o atravesando por la mañana el barrio central de los mercados, llevaba en los ojos una sonrisa distante; apenas oía; todo su ser estaba ausente, creando mundos para su aventura con aquella Carlota Morel. Al cabo de las cinco horas diarias de trabajo iba a sentarse en alguna terraza de café, en los alrededores del Congreso, y permanecía horas inmóvil ante el vaso de cerveza helada; rara vez le distraía el paso de los transeúntes, tumultuosamente acrecentado al anochecer; de vez en cuando seguía con la vista el paso de algún hombre y dejaba luego los ojos clavados en el aire.

Pero de pronto aquello cambió. Fué una impresión tan brusca, que introdujo en su ánimo gran confusión. No hubiera sabido qué decirse a sí mismo, cómo definir su cambio ni interpretar el fondo de su nuevo estado de ánimo. Sucedió de un día para otro, y fué algo realmente desconcertante. Tampoco había atinado a decir en qué momento preciso se dió a odiar la imagen que llevaba en su imaginación de Carlota y a volverse, obsesionado, hacia la mujer real, hacia la maestra de idiomas, a quien quien había tratado con arbitrariedad y violencia. El hecho es que concibió un resentimiento profundo hacia sí mismo y una fuerte nostalgia de aquel ser que había arrancado de su vida. Pensó que se había equivocado y que cada vez que se había encontrado con ella, en el sordido hotel o en los paseos de la ciudad, había experimentado verdadero placer, una suerte de plenitud. Esta idea le arrebató el sueño, sumiéndole en un estado de agria discordia interior; comenzó a trabajar con desazón, y un día que lo llamó a su despacho el primer inspector de recaudadores, el señor Olda—un hombre calvo, apoplético, de enfermizas pupilas—, permaneció en su presencia extrañamente embotado, sin acertar a escuchar y contestar propiamente, pensando en la mujer que había arrancado de su vida. El señor Olda lo miraba duramente por encima de sus anteojos, advirtiéndole sin duda la ausencia de su interlocutor, y le dijo con voz ronca y brusca: "A ver, repítame lo que le he dicho; estas indicaciones son importantes y deben ser cumplidas con justeza." Jacobo Uber hubiera preferido hundirse, desaparecer; apoyó una mano en el extremo del ancho escritorio y sonrió con vaguedad, ciertamente como un estúpido. "Repita", repitió el inspector de recaudadores. "No he entendido bien; creo que no he entendido bien", alegó Jacobo Uber. Entonces el señor Olda se puso hecho una furia y empezó a levantar los ojos al cielo y rogó impacientemente a Jacobo Uber que se retirara, aludiendo al hatajo de cretinos en medio del que vivía.

Cosas semejantes le pasaban a cada rato. Ya tenía fama de ser un hombre ausente y raro, un cavilador. Pero lo que él no podía perdonarse era su conducta con Carlota Morel, la mujer a quien había tratado con monstruoso desprecio. Andaba por las calles triste, añorando los ratos que habían pasado juntos; hubiera dado cualquier cosa por volver a acariciar aquella cabeza suave, a la que había renunciado, en la que habían aparecido no poca canas. "¡Bruto de mí!", se decía, pensando en los momentos en que ella llegaba a verlo, hasta alguna determinada esquina, al anochecer, con un poco de retardo; luego andaban juntos por las calles, bañadas de luz lunar, defendidos por ese simple acto de compañía contra las graves asechanzas del vivir; ella le hablaba de Hölderlin, se mostraba inquieta e inteligente, le contaba la vida maravillosa, extraordinariamente patética del poeta perdido en su locura.

Pero él había barrido con todo aquello, y ahora no tenía más que su fría soledad, habitada por fantasmas en su viaje errante, infinito. Por otra parte, se cuidaba de no comentar aquello con persona alguna; tenía el pudor de no llegar a decirlo con la exaltación y la fuerza, el ardor con que su imaginación lo realzaba. Estaba muy confundido, y su palidez daba lástima.

(Continuará.)

DIABLO

LOS BALLETS RUSOS EN BARCELONA

En crudísimo contraste con la vida del teatro en Madrid, esta crónica nos habla de las representaciones que los *Ballets rusos de Montecarlo* han dado en el Gran Teatro del Liceo, de Barcelona. La capital de la República, que se ve privada año tras año de representaciones de ópera, lo que ya es buena muestra de la pobreza musical en que vivimos, ha celebrado tan sólo desde aquellos tiempos de Mari-Castaña, en que los *ballets* rusos visitaron el nonnato Teatro de la Ópera—Real que le llamaban entonces—,

algunas funciones de este género en teatros mal acondicionados para ello, en los que tenían que intervenir pequeños conjuntos o "reducciones" de compañías de *ballet*. La vida del teatro lírico en Madrid no puede ser más paupérrima desde hace años, a no ser que se tome por floreciente la interminable serie de zarzuelas y revistas chocarreras y vergonzantes que no dejan de estrenarse. En este sentido es imposible imaginar mayor florecimiento ni estado más próspero que el que "disfrutamos".



Otra vez ha vuelto esta primavera a actuar en el Teatro del Liceo, de Barcelona, la compañía de "Ballets Rusos de Monte-Carlo" que, dirigida por W. de Basil, ha recogido la herencia artística de Sergio Diaghilew.

Aparte de Leónidas Massine, el bailarín creador de tantas realizaciones coreográficas inolvidables, de León Woizikovsky y de Tamara Toumanova, que, según nos han dicho, había pertenecido también a la "troupe" de Diaghilew, todos los elementos que integran esta compañía de Monte-Carlo han formado su técnica durante estos cinco o seis últimos años y, por consiguiente, a pesar de la rigidez de una disciplina circunscrita al ámbito de la llamada "danza clásica", su concepto de la plástica y de la dinámica coreográfica se abre dúctilmente hacia horizontes nuevos.

Entre las primeras figuras de esta compañía, además de Massine, cada día más dueño de las posibilidades inéditas de la coreografía; de Woizikovsky, que está en el apogeo de sus facultades, y de la Toumanova, cuya técnica se ciñe inteligentemente a los más diversos estilos, merecen destacarse, entre los "nuevos", Irina Baranova, excepcional revelación temperamental, poseedora, a sus dieciséis años, de un asombroso dominio técnico; David Lichine, uno de los bailarines más completos que hemos conocido; Tatiana Riabouchinska, Nina Verchinina, Nina Tarakanova y Andrés Eglevsky.

El repertorio de "ballets" realizado escénicamente por esta compañía en el Liceo ha obedecido a un plan de preconcebida "prudencia", prodigando las obras más asequibles al "gran público", como "Las Sinfonías", "Carnaval", las danzas de "El Príncipe Igor", "El bello Danubio", "Petrushka", "Escuela de danza" y "Presagios", uno de los logros coreográficos más evidentes de Massine, compuesto sobre la hinchada vaciedad de la "Quinta Sinfonía" de Tchaikowsky, y, alternando con estas obras, con una "dosificación ponderada", "El Tricornio", de Falla, que ha vuelto a presentarse con el formidable decorado de Picasso y que, a pesar de algunas arbitrariedades en la interpretación, ha sido realizado con un inteligente concepto plástico, al que ha aportado el director húngaro Antla Dorati un certero sentido de la realidad musical; el delicioso "ballet" de Kochno y de Juan Miró, con música de Bizet; "Juegos de niños"; "Los marineros", también de Kochno, con música de Georges Auric y decorado de Pruna, y los dos únicos estrenos de esta breve temporada: "Choreartium", realizado coreográficamente

por Massine sobre la "Cuarta Sinfonía", de Brahms, y "Unión Pacific", también de Massine, con guión argumental del poeta norteamericano Archibald Mac Leish y música del compositor ruso de la postguerra Nicolás Nabokoff.

Los indiscutibles aciertos de expresión plástica y de trascendencia dinámica conseguidos en "Presagios" han movido a Leónidas Massine a buscar fuera del habitual "ballet" con argumento, posibilidades expresivas derivadas únicamente de la interpretación coreográfica de la música sinfónica. La "Cuarta Sinfonía", de Brahms, adquiere en "Choreartium" una jugosidad insospechada. Pese al "anatemismo" que sobre este "ballet" sinfónico lanzaría si viviese el puritano de la danza, Levinson, confesamos que no sólo el "Allegro" inicial y el "Allegro giocoso" que Massine aprovecha para subrayar con fino humorismo las aficiones "campesinas" de los alemanes, sino el mismo "Andante sostenuto" de este "mazacote" en mi menor, tiene en su interpretación plástica una sugestión que nos hizo olvidar momentáneamente las incompatibilidades (quizá de orden tonal) que separan nuestra sensibilidad de la música tan densamente estructurada del famoso compositor hamburgués.

"Unión Pacific" ha sido el blanco de las iras de los "conservadores" musicales, que acampados en los vergeles chopinianos y todo lo más en las selvas wagnerianas, cierran su inteligencia y sus sentidos a la captación de todo lo que pertenece a caminos para ellos inexplorados, o sencillamente poco "colonizados" todavía.

No pretendemos con la anterior observación considerar al "ballet" de Mac Leish y Nabokoff como algo excepcional, sino sencillamente situar las cosas en su justa realidad valorativa. Los centenares o millares de espectadores cinematográficos que han aplaudido incondicionalmente "films" americanos del ochocientos como "El caballo de hierro", "La Caravana del Oregón", "Lady Lou", etc., no debían de haberse plasmado como ante algo insólitamente audaz, al presenciar la escenificación elemental de un ambiente ferroviario yanqui de 1869, en el que todo sucede en plan casi cinematográfico, ni tampoco torcer el gesto ante la música de Nabokoff, un compositor inteligente y responsable, aunque no genial, ni mucho menos, que ha aprovechado las melodías del seudofolklore norteamericano (importadas por irlandeses, holandeses, mexicanos, etc.) para fijar una especie de

punto de partida a la música que después ha universalizado el "jazz".

"Unión Pacific" está, a nuestro juicio, tan lejos de ser, como han dicho algunos intransigentes cerrados, un "ballet" tipo "revista frívola", como de la opinión hiperbólica de algunos críticos yanquis que, al representarse en los Estados Unidos, se atrevieron a afirmar que era la "Petrushka" americana.

LUIS GÓNGORA.

Barcelona.

S. C. C.

Dos conciertos de música contemporánea dirigidos por Gustavo Pittaluga

Organizados por la Sociedad de Cursos y Conferencias, se celebrarán en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes, los días 12 y 19 de este mes, dos conciertos cuya importancia conviene destacar. Forman sus programas las siguientes obras: en el primero, la Suite del Ballet "Barabau", de Vittorio Rieti; el concierto para piano y dieciocho instrumentos "Aubade", de Poulenc—cuya parte de piano interpretará su propio autor—; la "Suite Lirica", de Alban Berg para instrumentos de arco, y otra de "L'Opera de Quatre Sous", de Kurt Weill. El segundo concierto está integrado por el "Octeto" para instrumentos de viento, de Strawinsky; la "Sinfonía de Cámara", de Schoenberg, y el "Concierto", de Manuel de Falla, interpretada la parte de piano solista por Rosita García Ascot.

Ambos conciertos, cuya parte orquestal será ejecutada por el grupo de cámara y solistas de la Orquesta Filarmónica, serán dirigidos por el joven compositor nuestro compañero Gustavo Pittaluga, uno de los valores positivos de la actual generación de la música española, a la vez como compositor y como director de orquesta.

La presencia del músico francés Poulenc, el que se interpreten obras apartadas del público, tan apartadas que sus autores son medio desconocidos entre nosotros, dan a estas audiciones un extraordinario interés que aún más se realza si tenemos en cuenta que la bondad de las versiones permitirá al aficionado a la música ponerse en contacto vivo con ellas, que no serán desfiguradas ni contrahechas tales otras al darlas forma manoseada como las de Rosita García Ascot o como las de Pittaluga, tan atentamente vigiladas por una sensibilidad despierta.

Crítica ante la pantalla

Para un espectador celoso de la congruencia en los argumentos de películas, asistir a la proyección de un film yanqui es un suplicio. Los americanos producen películas sin atenerse, por regla general, a la lógica más común. Si encuentran en un guión algún nudo argumental que precisen desenvolver y salvar sin salirse de los límites que la verosimilitud más estricta exigen, "tiran por la calle de en medio" y solucionan el incidente de cualquier manera.

Con ello no consiguen sino frustrar una cantidad grande de películas. Tal ha sucedido con *Parece que fué ayer*... el film que esta semana exhibe el Callao. El punto de partida del argumento es falso, completamente carente de autenticidad. Una muchacha conoce en un baile a un apuesto oficial, uno de esos oficiales que únicamente se ven en los films yanquis. La muchachita tiene diecisiete años y una ingenuidad enorme. La han hablado tanto del oficial, que antes de conocerle está enamorada de él. Ve a su amado, bailan, y al final, como es de rigor, salen a dar un paseo por ese jardín que tienen todos los salones donde bailan militares y jovencitas ingenuas. Un paseo a la luz de la luna, y la muchacha se entrega al oficial, quien, naturalmente, aprovecha la ocasión, tomándola por una aventura banal, de las que ocurren todos los días.

¿Cabe mayor inverosimilitud? Al final buscamos afanosamente en el programa de mano un letrero que dijera: "La acción, en 1880." Pero, no, no lo hallamos: la acción se desarrolla en la época

actual, y de ahí nuestro asombro. ¿Quién cree actualmente en la existencia de esta clase de jovencitas tan ingenuas y faltas de instinto de conservación—llamémoslo así—que desfallecen en los brazos del primero que las dice al oído una frase de amor?

De aquí arranca la película con este lastre argumental. John M. Sthal es un realizador con suerte. Encuentra siempre una actriz genial que le suple con su interpretación la falta de cinema verdadero, que siempre se echa en falta en sus films. En *La usurpadora*, esa gran película sentimental de humanidad auténtica, que pasó desapercibida el año pasado en Madrid, el triunfo, más que de Sthal, fué de Irene Dunne, como ahora lo es de Margaret Sullivan en *Parece que fué ayer*... Margaret Sullivan es una nueva actriz joven, de gran temperamento artístico, que lleva y sostiene a pulso todo el peso de la película. No obstante su labor meritosa, muchas veces se advierte la endeblez del film. En más de una ocasión Sthal maneja el resorte de la sensiblería, bien patente, por ejemplo, en aquella escena de la muerte de la protagonista, alargada hasta la saciedad.

Viene a agravar el cúmulo de errores directivos la excesiva longitud del film. El público no está acostumbrado a soportar de una vez más de la hora habitual de proyección, fatigándose si la película sobrepasa el tiempo citado. *Parece que fué ayer*... es una película frustrada; en su argumento se traza un tipo de mujer muy interesante, que Sthal no consigue plasmar en el celuloide con la autenticidad artística apetecible, a pesar de contar con una intérprete tan excelente como Margaret Sullivan.

ALADINO.

Walt Disney, el Mago

El cine Actualidades ha dedicado el programa de esta semana a una selección, acertadamente realizada, de los films de dibujos sonoros animados del universalmente conocido Walt Disney. En la vida cinematográfica se echan de menos los homenajes—tan frecuentes en la literatura—, en los que la obra de un director, actor o argumentista aparezca de relieve por una atinada reunión de las mejores escenas conseguidas en el celuloide. Ya, por lo menos, se recuerda, desde un cine de Madrid, el nombre de un genial—no empleo esta palabra como un tópicocalificativo, sino en su estricto sentido—, de un genial cuentista moderno, el creador de Mickey Mouse y de "los tres cerditos", como Andersen, los hermanos Grimm, Schmid, etc., lo fueron de Pulgarcito, Caperucita Azul... Los cuentos de éstos representaron en una época lo mismo que hoy los "cartones" vivientes de un Disney. Además, él, con la Máquina a su disposición, ha podido—en ocasiones, cuando interpreta la obra de los cuentistas clásicos, y otras veces, cuando deja escapar su poderosísima imaginación—llevar el dibujo en movimiento a una perfección insospechada. Además, cuando sus "Sinfonías locas" han ganado el color, parece, incluso en el tiempo de fría realidad en que vivimos, que son las propias hadas las que tienen la exclusiva para repartir por todo el mundo estos films maravillosos. Pero Disney, por su labor de adaptación a la pantalla de los mitos modernos, está más cerca de un Lebermann, por ejemplo, cuyas fábulas desearíamos ver interpretadas por Disney.

Una de las pequeñas historias que se exhiben es "El Arca de Noé", en technicolor. En verdad, todos los breves films de Walt Disney son unas humorísticas arcas de Noé, en las que todos los animales tienen alma y las mismas expresiones que la gente de la calle.

Los que teníamos que contentarnos, de pequeños, con alimentar la fantasía con unas vistas fijas, aureoladas de humo de petróleo—que desfilaban, desde la linterna mágica, con una lentitud que aún nos parecía excesiva velocidad—, queríamos llevar los films de dibujos animados hasta los años aquellos, este mágico paraíso donde los niños juegan con los enanos, los animales con los monstruos y los muñecos con los niños.

En uno de los films presentados, "Gran Gala Mickey", desfilan hacia un cine las grandes figuras del cine, caricaturizadas—este es ya un tema usual en el dibujo animado—. Detrás de ellos va Mickey. Se proyecta un "cartón" del célebre ratoncito, y, al final, todas las estrellas asistentes lo felicitan. "Congratulations, Mr. Mickey Mouse, le dicen. Congratulations to you." Esto es simbólico. Lo que es el dibujo animado en un programa de cine—ya no es posible prescindir de este complemento—; viene a llenar una necesidad que ninguno de los otros grandes films puede llenar: alegrar a los niños que hay en la sala y al niño que hay en cada adulto.

R. V-Z.

Si las catacumbas romanas tienen un gran interés histórico y emocional, no es menor —aunque por muy diversos motivos— el que ofrecen las catacumbas de Palermo, situadas en los alrededores de la ciudad, donde se halla un monasterio de capuchinos.

En el año 1624, mientras la peste azotaba a Sicilia, por miedo a la infección no se enterraban los cadáveres, sino que se les concedía un eterno veraneo en el fresco sótano del acogedor convento. Pero llegó un momento en que aquello se convertía en un abuso y hubo que poner el "completo" por un procedimiento simple y eficaz: levantar una muralla y dejar allí dentro a los que estaban. Pasaron muchos años y se abrió, con la natural seguridad de tener que habérselas con un montoncito de polvo. Pero el famoso aforismo: "Pulvis eris..." fallaba esta vez. Los cadáveres apenas si se habían alterado y, cosa extraña, habíanle crecido lenguas barbas a algunos de ellos. La gente siempre está esperando un milagro, y no tardó en afirmar, en este caso, que se había producido. Pero aun entonces existía ese terrible enfriamiento milagrero, que es el científico.

Este, con serenidad, atribuyó la causa del lúgubre espectáculo al simple fenómeno químico de hallarse en la piedra con la que fué construída la cueva una gran cantidad de arsénico y azufre. A los egipcios les hubiera molestado mucho que con tal facilidad y sin proponérselo se llegara a fabricar unas momias casi tan presentables como las de ellos. Al trascender la tétrica noticia, surgió en los aristócratas la natural voluptuosidad póstuma de ir a reposar definitivamente en un sitio donde seguirían estando "visibles" para sus amistades y descendientes por los siglos. Pero todo el lugar se llenó de ataúdes, y entonces hubo que poner a los recién llegados de pie contra las paredes, a las que eran atados con un buen cordón. Hasta el año 1881 se continuó con este sistema.

Los modernos autores de cuentos fantásticos deben visitar las catacumbas de Palermo y tomar nota de esas espantosas visiones, de esas risas sarcásticas de mandíbulas descarnadas, de ese conciliábulo espeluznante a través de corredores y más corredores, llenos de cadáveres que no acaban de pasar al otro mundo.

Que el visitante no tenga miedo. Lo acompañará un valeroso fraile capuchino que espantará a los espíritus y pegará una azotaina a los esqueletos que sean malos y asusten a los turistas.

¡Qué tema para un cuadro de nuestro admirable Solana!

Es notable la colección de alcaldes de Palermo (sepultados entre 1721 y 1833), así como la reunión de jueces y concejales del siglo XIII. Estas reuniones post-mortem, entre autoridades locales (¡qué de rencillas hubieran tenido, de estar vivos!), tienen un enternecedor encanto y demuestran hasta qué punto es perecedera la humanidad, cuando jueces, concejales y alcaldes han de estar juntos siglos y siglos sin dirigirse siquiera la palabra.

Este es un siglo poco propicio al terror del más allá. Hoy los fenómenos que realmente erizan el cabello de los humanos son los económicos. Los Hamlet filosofando sobre la cabeza de Yorik se dan con gran escasez. Sin embargo, ¡qué enorme interés tiene, en estas trágicas catacumbas, pensar en lo que estuvo dentro y fuera de estas momias!

Las momias que se hallan en el cementerio de Palermo son de las llamadas *naturales*, esto es, las formadas o por yacer los cadáveres en suelos muy porosos y secos, como sucede en el Sahara (momias blancas) y en los desiertos del Perú, o también, gracias a una atmósfera fría y seca, como en las bodegas plomizas de la catedral de Bremen o en el Gran San Bernardo, o por la conformación mineral del suelo, como sucede en las catacumbas de Palermo.

Ofrecen, pues, estas momias *naturales* una tétrica visión más sorprendente, por lo inesperada, que las momias *artificiales*, confeccionadas con preparados especiales y materias antipútridas.

Un detalle de técnica turística: Cómo ve el famosísimo Baedeker la posibilidad de un paseo por estos lúgubres lugares: "... el camino del Pindemonte, que pasa ante el Manicomio, imponente edificio que aloja 2.500 enfermos mentales y conduce al Convento de Capuchinos con galerías subterráneas de 1621, en las que se conservan cuerpos momificados de habitantes de Palermo.

El Gobierno italiano ha prohibido esta clase de enterramientos a partir de 1881. Es curioso, pero poco divertido. (50 céntimos de propina.)"

No tendría nada de particular que el turismo italiano colocase en la entrada de este anticipo del otro mundo la advertencia que hace llenar los cines en que se proyectan films escalofríos: "No apto para personas nerviosas."

Al salir—que es la suprema aspiración del que entra en ellas—, vienen a la memoria los sabios versos de nuestro Jorge Manrique:

Los aquí reunidos, como los de la foto primera, son todos alcaldes de Palermo. Murieron entre los años de 1721 a 1833, según las inscripciones que figuran junto a cada momia.

Allí van los señorios derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos. Allegados, son iguales, los que viven por sus manos y los ricos.

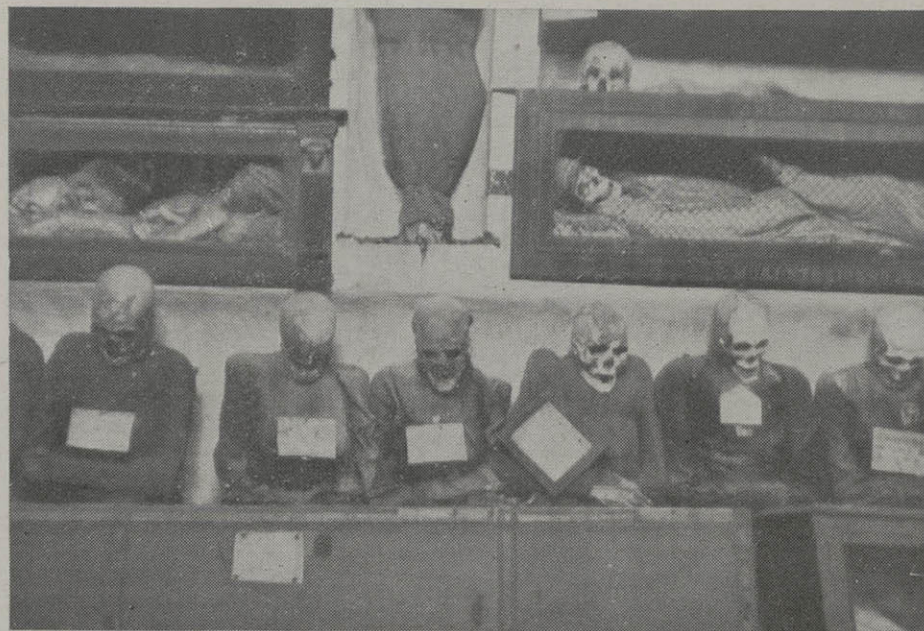
Corredor en las catacumbas de los capuchinos en Palermo. En este lado aparecen varios jueces y concejales fallecidos durante el siglo XVIII.

El tercer muerto a la izquierda, un arquitecto, lo fué durante la construcción de una casa que él dirigía. Como puede oprimirse tiene destrozado el cráneo.

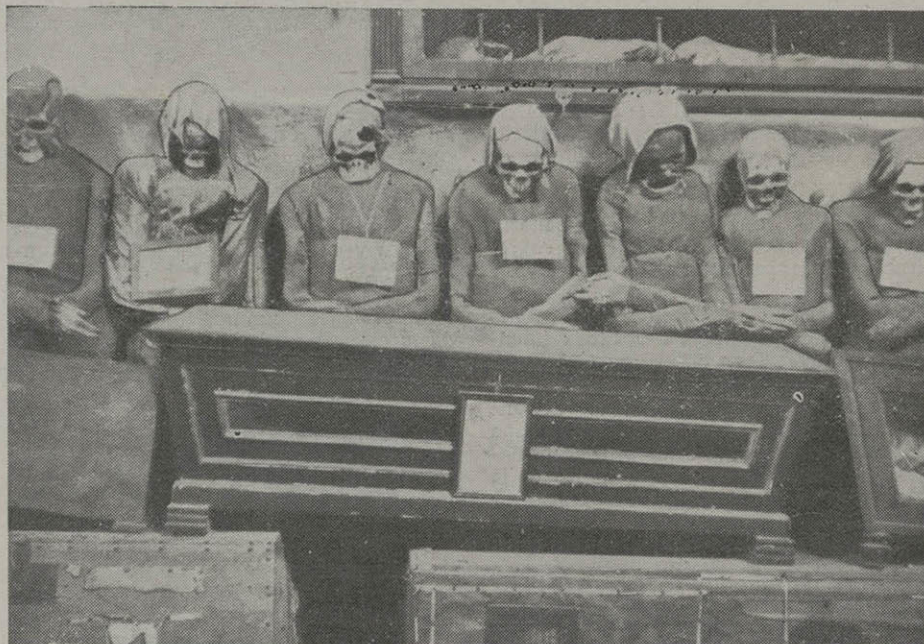
Estas momias son, en su mayoría, víctimas de una epidemia de peste que se desencadenó sobre la ciudad a fines del siglo pasado.



EL CEMENTERIO



MAS EXTRAÑO



DEL MUNDO

